

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

# COMO EL CRISTAL DE ROCA

(Novela)

Premio “Ciudad de Algeciras”

EL SIGLO DIECINUEVE se inició en la Serranía con una mortífera peste y con graves quebrantos de la naturaleza. Desde la margen derecha del río Guadalhorce a las playas atlánticas de Cádiz, una gran mortandad asoló el campo andaluz causando miles de víctimas; fuertes granizadas castigaron las cosechas y un temblor de tierra puso a la región en situación desesperada. Al otro lado de los Pirineos, una revolución había empezado proclamando el reino del derecho y acabó ejerciendo el de la fuerza, mientras en la corte de Madrid reinaban la ineptitud, la abulia y el envilecimiento.

Cuando llegaron los franceses, no se ponía el sol sin que los serranos los hostigaran a diario con dureza. Los campesinos acudían a miles formando batallones y regimientos; allí se unían los contrabandistas con los jornaleros, los criminales fugitivos con los curas rurales, y cada pueblo improvisaba su partida al mando del más temerario de los vecinos. Los invasores no hallaban momento de reposo, pues las guerrillas atacaban convoyes y correos apostándose en los ventisqueros y apareciendo tan pronto en lo alto de un risco como en lo profundo de una cortadura.

Tan asustados estaban los franceses que a algunos los vieron llorar; tenían tal miedo a los “brigantes”, como ellos decían, que llamaban a la Serranía el cementerio de Francia. La guerra diezmaba las cosechas y arrebatava brazos a la agricultura; el hambre apareció en la comarca, de forma que las gentes se alimentaban de bellotas y raíces. Viejos y mujeres con niños recorrían la sierra en busca de alimentos, refugiándose en cuevas; los curas decían misa sobre peñas y tocones, bautizando a los recién nacidos en las fuentes. Al fin, un mes de agosto, los gabachos hubieron de marcharse seguidos por el repique de todas las campanas; cuando abandonaron la Serranía sentían más alivio que los propios liberados.

## I.- EL PUEBLO

MONTEJAQUE ERA uno de los pueblos perdidos en el corazón de la sierra. Sus habitantes, duros como el cristal de roca, también se batieron contra los franceses. Sus antepasados no se habían movido de aquellas breñas desde tiempos prehistóricos y se mezclaron con los moros cuando éstos llegaron al mando del jefe bereber Zayde

ben Kasadi. Allí hicieron frente a las tropas cristianas, que al grito de Santiago y cierra España arrasaban viñas y quemaban bosques, mientras los naturales contemplaban el acoso con la rabia de la impotencia. Las mujeres del pueblo llevaban todavía el cántaro a la cabeza, se arregazaban las amplias faldas negras de algodón y las echaban sobre el rodete; caminaban erguidas y el cántaro parecía formar parte de ellas mismas. Eran cenceñas, de pómulos salientes y ojos luminosos como brasas encendidas; conservaban vestigios árabes en sus ropas y en su gutural algarabía, adivinándose en sus cantos viejos sonos moriscos. Las empinadas callejas estaban empedradas y zigzagueaban por encima del pueblo hasta el castillo, que no era tal, sino unos roquedales erizados donde centelleaba el sol. Grandes lajas de piedra formaban rampas en mitad de las calles, brillando por el resbalar de los chiquillos desde tiempo inmemorial. Pues se desgastaban el trasero en la roca y sus padres, los padres de sus padres y de sus abuelos lo habrían hecho igual. Lo hicieron sus antepasados moros y antes los hijos de los iberos, muchachos semidesnudos de cabello ensortijado que montaban caballos a pelo y usaban armas arrojadas. Trepaban por las callejas y a mitad de camino se dejaban caer, desculándose en las piedras enormes y lisas; así durante siglos, de forma que las lajas brillaban por la noche igual que pedazos de luna.

\*\*\*

LA NIÑA SE LLAMABA LAURA y era hija de los amos del pueblo. Llevaba el doña desde que nació, poco después que las huestes derrotadas de Napoleón abandonaran Montejaque. No le gustaba ir a la escuela recién estrenada; en cambio, desde siempre le interesaron las historias de aparecidos que contaban las viejas, que acababan creyéndose sus propias mentiras. Se quedaba plantada frente al viejo alambique donde su padre había instalado las cuadras; allí las bestias pateaban las moscas verdes y tornasoladas, agitaban las crines y volteaban las cabezas, resbalando luego en la pendiente de piedras redondas. Acudía a la fuente a beber y el agua fría le salpicaba brazos y piernas, colándose por el escote hasta el ombligo. En la cocina de su casa los cacharros de cobre brillaban sobre la chimenea; platos de cerámica adornaban las paredes y en la repisa lucían unas bonitas hueveras de bronce. La chaira de afilar pendía de una alcayata junto al almirez; había un cachucho de agua sobre la mesa de castaño y ristras de ajos gordos colgadas de la despensa, mientras en un gran perol humeaba el guiso reciente, con aliños de clavo y nuez moscada. En un rincón estaba la mesa camilla con faldas bordadas en colorines, con nostalgias de brasero y badila, de cisco de orujo, aguardando los fríos meses del invierno. Parloteaban las criadas mientras cortaban los rábanos, rojos por fuera y muy blancos por dentro, y trataban de atinar de lejos con los huesos de las aceitunas en una rana verde de loza con una enorme boca abierta. Sobre el blanco muro, el jazmín se derramaba sobre unas matas de dedal de la reina y crecían dalias de todos los colores; la niña las cortaba y las metía con agua en un búcaro. Había una begonia, una fucsia y geranios de diferentes tonos entre las clavellinas. El armario chinero estaba lleno de unas lindas tazas con asas doradas y frágiles, estampadas en colores pálidos y en letras de oro que decían: “Amistad”, “Amor”. Alzaba la tapadera rosa de un cestillo tejido con mucho primor y, sobre el lecho de

seda, aparecía un juego diminuto de café con bandeja y tazas más pequeñas que un dedal, todo bañado en oro, con su azucarero y su jarrilla. Se abría la puerta y el chiquillo rubio que recogía a diario las basuras cruzaba de puntillas sobre las losas coloradas del patio. Llevaba alpargatas de esparto, cuando no iba descalzo; se dirigía a la cortinilla de mimbre haciendo entrechocar sus varillas con chasquidos menudos y se perdía en el lavadero, mientras los mimbres se mecían cada vez con menos fuerza. Luego salía con un cubo en la mano y una vaharada espesa a alimentos fermentados se adueñaba del patio, haciendo palidecer las clavellinas y estremecerse los jazmines. El cubo rebosaba desperdicios coronados de cortezas de sandía y melón; era un olor revuelto a pescado podrido y frutas avinagradas que tardaba en desvanecerse. El niño tenía los ojos azules y los dientes parejos y blancos. Cuando la cortinilla de mimbres acababa de aquietarse él ya había llegado al zaguán, tiraba del picaporte como si temiera romperlo y salía; mientras, la niña Laura se había tapado la nariz. Se llamaba Rafael Arcángel y también había nacido cuando los franceses abandonaban la Serranía. No era muy alto, pero proporcionado y erguido como una caña; tenía las cejas y pestañas doradas y, cuando le daba el sol de cara, entrecerraba los ojos. El padre había sido capitán de guerrilla, un hombre apuesto y bien despatillado que llevaba siempre a la cabeza un pañuelo de colores chillones con las puntas cayendo hacia atrás. Fue uno de los siete Niños de Écija, la gloriosa partida que tantos dolores de cabeza diera al mando francés. Fue preso y el enemigo le quemó los ojos con un hierro de marcar las reses, cruzándole la cara con una enorme cicatriz. Ahora era porquero y el niño le llevaba comida para los animales. Rafael Arcángel se había criado en el viejo alambique, entre rosas de pitiminí y acostumbrado al grito de los pavos reales; vestía pobremente y en sus tobillos firmes se trenzaban las cuerdas de sus alpargatas. En un rincón al lado de las cuadras tenía su madre el anafe, un hornillo con patas de hierro y dentro carbones relucientes; encima, una olla con muy poca cosa dentro. La madre era semejante a las otras mujeres; iba liada en unas telas negras y parecía vieja, porque además llevaba un manto a la cabeza y con él se tapaba la cara, dejando asomar sólo los ojos. Sobre el manto llevaba un rodete y el cántaro encima, bamboleándose a cada paso. “¿Te vienes a chorrar a las lajas?”, le decían al niño los que andaban más desocupados, pero él siempre tenía qué hacer. El aire de la tarde era fresco y las cortinas se mecían caracoleando; sobre las piedras mondas flotaba un polvillo blanquecino que se arremolinaba en el aire. Luego las sombras inundaban los zaguanes, las grietas y las losas, y las historias fantásticas se mezclaban con las verdaderas hasta que no podían separarse. A esa hora no se distinguía un gato blanco de uno negro y las viejas murmuraban en tono misterioso, mientras los chicos se acercaban a oír cuentos de fantasmas y aparecidos, de animales dañinos, o de trasgos y gigantes que se comían a los niños. Sonaban los cencerros entre las breñas en el silencio de la anochecida; arriba se asomaba una cabra escondiéndose luego, el sol se había ocultado hacía tiempo y quedaba la bruma sobre las piedras veteadas de blanco. En la montaña había cortaduras negras y sin fondo, que saltaban los niños por entretenerse. Sabían escuchar el grito ancestral de la caverna y la llamada los llevaba, los atraía como un imán a la cueva donde en la oscuridad se estremecían lágrimas de cristal y el silencio se rompía al rozar un insecto, donde el tiempo permanecía quieto y una vida era sólo un suspiro en el transcurso de los siglos. Nunca tuvieron miedo, nunca recelaron el abismo. Veían la profundidad como algo propio, nunca la

huyeron, y el temor se desvanecía entre sus dedos como una pompa de jabón. Las grietas para ellos no tenían relieve, los graznidos de las aves les resultaban familiares y las piedras saltaban alegremente desde sus pies hasta el fondo del barranco.

Desde lo que alcanzaba su memoria, Rafael Arcángel había guardado los cochinos de su padre en el campo. A ratos sacaba de la zamarra una cartilla que le dio un maestro errabundo que pasaba de cortijo en cortijo y, a fuerza de manosearla, había aprendido a leer. A la niña Laura le gustaron de siempre sus ojos azules con motas doradas; por eso aguardaba cada día, balanceándose en la mecedora, a que llegara el niño del porquero. Como siempre, encima del cubo habían dejado las criadas una pella de pipas de melón con flecos de un amarillo claro, entre cáscaras verdes y mondas de patatas que despedían un ácido hedor. Cuando llegaba el niño saludaba con timidez y entraba al lavadero a recoger los desperdicios. Ella miraba la cortinilla de mimbres cortados y unidos con alambres, donde alguien había pintado un paisaje con árboles y nubes.

En primavera, el campo se llenaba de amapolas. La vereda zigzagueaba desde el pueblo hasta la cima entre rocas blanqueadas por la lluvia, giraba una y otra vez hasta dar en el camino de herradura que llevaba a la ermita, donde las niñas cogían matojos de flores amarillas y moradas. En el alambique nacían capullos de rosas de pitiminí, hasta que llegaban los calores del verano y luego el invierno. Entonces los montones de estiércol humeaban en las calles donde se habían detenido las caballerías; ya no había moscas, porque se habían muerto de frío. Salían nubes de vaho de las narices de las bestias, porque estaba helando y la tierra cubierta de escarcha. Crecieron Rafael y la niña Laura; ella se estaba volviendo tan hermosa que ya empezaban a venir los señoritos del contorno a pretenderla. Pero seguía acudiendo al portón del alambique; desde allí miraba la calleja empedrada y los pavos reales que paseaban muy solemnes. Semejaban aves maravillosas arrastrando sus colas de tornasol en verde y azul, y con sus inquietas cabezas coronadas parecían los reyes de las aves. Subían a lo más alto del pretil, rozando apenas el suelo con sus mantos suntuosos, y lanzaban un extraño grito de amor o de guerra mientras desplegaban el plumaje ante sus ojos maravillados. Era como un rito de Egipto o de Siria; el grito agudo horadaba distancias y entonces parecía detenerse el tiempo, dilatarse el espacio. Relinchaba un caballo en la cuadra y las rosas de pitiminí, que escalaban el murete bajo, más que naturales parecían pintadas. De la huerta subían aromas calientes, el sol brillaba en los tejados y abajo el arroyo parecía un hilo de plata. Oía voces alejadas en el pueblo y se quedaba quieta para no romper el hechizo, escuchando las esquilas a lo lejos y la voz chillona y gutural que parecía venir de otros tiempos y otras civilizaciones.

Aquel día Laura había empujado la puerta; dos pavos se detuvieron en el pretil y, desperezándose, extendieron sus colas. Dentro, Rafael Arcángel estaba herrando un caballo. Desde fuera ella veía al semental con la pata sujeta en alto, mientras el muchacho sustituía la herradura vieja por una reluciente, y le pareció mentira que aquellos martillazos no le dolieran a la bestia. Recordaba el día en que él le arrancó a la yegua una sanguijuela de la garganta: el animal sangraba y relinchaba cuando el zagal metió la mano y tanteó, hasta dar con el bicho que se había prendido del gañote. Aguantaba la yegua adivinando la buena voluntad; cuando él sacó la sanguijuela entre

los dedos la Galana lo rozó con la testuz, agradecida, y relinchó de gusto pateando las moscas y sacudiéndolas con la crin de la cola.

“¿Quién es ese?”, le preguntaban a Laura las amigas que venían de fuera. “Es Rafael Arcángel, el hijo del porquero”. “Pues qué guapo es”. Al final, la niña Laura terminó por despreciar a todos sus pretendientes señoritos y decidió casarse con él. Pensó en declararle su amor, ya que estaba aguardando a que él lo hiciera, pero el muchacho tardaba en decidirse más que un entierro de ricos. “Ese es más llano que el camino del infierno”, le decía su madre contrariada, al leer sus pensamientos. Aquel día estuvo rebuscando en un cajón de la cómoda; sacó un collar de abalorios antiguos y unos zarcillos tan largos como los de las comediantas. Se puso un vestido nuevo y un corpiño, unas zapatillas de terciopelo y una mantilla a la cabeza, que dejaba asomar tan sólo sus ojos castaños. Halló en el alambique el portón entreabierto; en cuanto vio al muchacho y se le fue a declarar, le dio un ataque de risa. Él la miró amoscado y ella le puso encima de la oreja un ramo de jazmín, besándolo en la boca para ahorrar palabras.

Cuando se casaron al domingo siguiente, la madre había gastado una docena de varas de puntillas en el velo de la novia. Ésta acudió a la iglesia vestida de seda, con peineta de oro y aguantando las ganas de reír. Llevaba jazmines prendidos en el velo y un ramo de rosas de pitiminí. Los novios durmieron en la sierra y amanecieron envueltos en un polvo de estrellas. Tuvieron dos hijos y una hija, pero esa sería una historia distinta.

\*\*\*

NADIE SE ACORDABA de su nombre y desde joven lo llamaron Carcunda, porque era carlista. Fue el hijo mayor de doña Laura y Rafael Arcángel; ante la consternación de su familia acostumbraba desde siempre a hacer ademanes groseros, acompañados de sonidos soeces. Contaba picardías y, cuando había visita, su madre le hacía señas por detrás para que se portara como un niño educado. Cuando creció fue pendenciero y mujeriego, y bebía más que la alpargata de un pisador. Se declaraba conservador y carlista, pero nunca había pisado un campo de batalla y sus padres pagaron para evitarle el servicio militar. Pero llevaba siempre puesta una bilbaína grande y roja como Zumalacárregui. “Hablar de la guerra y estar en la cama”, bromeaban los del pueblo; él hacía oídos sordos mientras se hinchaba a salchichón, morcillas y chorizo. No se casó nunca y se fue a vivir solo para hacer su vida; pero cuando Emerenciana la Rubia, criada de sus padres, se quedó viuda de un tal Florentino, él se la llevó a su casa para que lo sirviera. Le mostró un bonito reloj que tenía, prometió que se lo daría y así la convenció. Todos empezaban a murmurar, sobre todo porque ella era albina y medio cegata. “Debajo de la manta, tanto da la prieta como la blanca”, bromeaba él. Hubo quien dijo que el pequeño Florentino Zunifredo no era hijo de Florentino, sino del propio Carcunda; pero el chiquillo desmintió la calumnia, porque cada vez se parecía más a la estirpe de los Florentinos. No era sanguino, sino seco como ellos. Al niño se lo llevó su abuelo, Florentino el Viejo, que era pastor

de cabras en la sierra a la vez que curandero; de forma que el niño acabó heredando sus dotes.

Mientras, Carcunda y la criada hacían vida marital; doce años después, Emerenciana dio a luz a una hija a quien llamaron Cuarenta Mártires. Ya por entonces Carcunda se dormía a menudo sin poderlo remediar. Cuando don Sotero el cura llegó al pueblo, quiso convencer a Emerenciana para que dejara a Carcunda y se fuera de ama con él. Venía al parecer castigado y cobraba por cualquier cosa a todo el mundo. “Aquí lo que no se lleva Cristo se lo lleva el fisco”, se quejaba la gente. Era un hombre obeso amigo de comer y beber; tenía la costumbre de cortarse los callos en la sacristía, hasta que le sangraban. Era un vicioso jugando a las cartas. Todas las noches, hasta que apuntaba el alba, se las pasaba tallando en casa de Carcunda. El cura ponía quince reales, los perdía y al final decía siempre lo mismo: “Vámonos a acostar, que cantan los gallos”. Pero una noche la suerte cambió: Carcunda empezó jugándose el dinero para los gastos de la casa, se jugó la casa luego y terminó jugándose a la criada. Así que Carcunda tuvo que dormir en un pajar aquella noche, abrazado a una botella de Cazalla. Estaba más borracho que Noé y, al despertarse, se dio cuenta de lo que había sucedido. De cuando en cuando iba a la iglesia para insultar a Emerenciana; ella se santiguaba, escabulléndose con el matacandelas en ristre.

Cuarenta Mártires andaba por entonces vestida de monago y lo llamaba Papacunda, aunque no sabía a ciencia cierta si era su padre o su tío. Él la enseñaba a hacer visajes y a decir picardías, malmetiéndola contra don Sotero. En realidad, al cura lo estorbaba la hija de Emerenciana y la estaba preparando para servir a Dios. “Tú serás pelegrina”, le decía, y aguardaba a que cumpliera doce años para mandarla a la sierra. Cuarenta Mártires no quería ni ver a Carcunda, porque la habían convencido de que era un pecador. Por entonces él ya se quedaba dormido a lomos de su caballo, que era lo único que no habían logrado quitarle, porque la bestia se negó. El caballo ya lo conocía, daba la vuelta con cuidado de no dejarlo caer y desandaba el camino; eso era cierto, porque en el pueblo lo comentaba todo el mundo. Su hermana menor, doña Ana, trataba de convencerlo para que confesara sus pecados. Cada vez se dormía más largo y hasta se dormía de pie. Por fin Cuarenta Mártires se fue de pelegrina; tres años después murió Emerenciana, al enterarse por una vecina del desastre de Cuba.

Carcunda vivió lo suficiente para ser testigo en la boda serrana del bandolero Pasos Largos. Luego, cuando Cuarenta Mártires tuvo la desgracia de dar a luz a su hijo Cuatro Coronados, fueron Carcunda y Florentino Zunifredo, el curandero, quienes la atendieron en el parto. Dijeron a la gente que había nacido del cielo, aunque tenía los ojos bizcos y era pecoso, como un tal Geminiano el Chico. A la vuelta del viaje, Carcunda llegó a dormirse tan largo que ya no despertó. Estaba a punto de declararse la primera guerra mundial y don Sotero lo fue a ver, tendido en su caja. “Yo te excomulgo in articulo mortis”, le dijo con solemnidad.

\*\*\*

AUNQUE DESDE NIÑO lo llamaron Frasquito, se llamaba Sócrates Francisco y más tarde sería para todos el tío Frasquito que en paz descansa. Era el hijo segundo de Rafael Arcángel y doña Laura; a los doce años no era

mucho más alto que el resto de los chicos del pueblo, pero luego empezó a crecer y los pantalones se le quedaban cortos antes de que le hubieran terminado de sacar los dobladillos. Tuvieron que alargárselos con telas distintas, de forma que parecía el muestrario de una sastrería. Llevaba postizos los faldones de las camisas, con telas de florecillas de los vestidos de su madre. Una vez que Tobalito sin Pena llegó a su casa con un recado de la barbería, él lo miró de frente y pareció asombrado de toparse con alguien de su estatura. Sócrates Francisco, llamado Frasquito, era un ser extraño e introvertido; quizá le viniera de las palizas de los frailes en el colegio del pueblo grande. Luego se hizo veterinario y, cuando en la facultad le pasaban lista por Sócrates Francisco, sonaban risitas. Cuando volvió a casa medía dos metros de alto y traía una maleta llena de revistas de veterinaria con grabados de cerdos y pollos. También llevaba obras de filosofía, libros de teología y religiones diversas, las obras de Séneca y la vida de Jesús de Nazaret, y en la cabeza teorías que no revisaría nunca. Era desgraciado y se sentía solo; tenía la cara pálida y la mirada triste y, como era más alto con mucho que todas las muchachas del pueblo, nunca las miró. “No se muere una vez, vamos muriendo en cada cosa nuestra que se muere”, decía mascando la boquilla de ámbar o atrayendo con ella pequeños papelillos cortados, pues un andaluz triste es lo más triste que hay. “Aquí todo es mágico”, decía. “Este pueblo no pertenece al mundo, aquí se juntan los vivos con los muertos”. Su madre tenía terror al espiritismo, pero él lo practicaba y andaba siempre con muertos alrededor. “Hablo con ellos -declaraba-, me comunico, me consuelan o me aconsejan. No soy espiritista, es mucho más sencillo que eso. Quizá sea que estoy un poco loco, o que veo más allá de mis narices”. Un día se vistió de domingo, con un terno de paño gris y unas botas nuevas. Llevaba capa serrana y sombrero, y cabalgaba sin prisa en un caballo negro. Cuando llegó a la cumbre estuvo avizorando, picó espuelas y se lanzó a campo través. Llevaba el sombrero echado hacia la cara para que no lo deslumbrara el poniente; atravesó el riachuelo de espumas blancas y se adentró en la sierra, antes de que cerrara la noche. En las cumbres las últimas luces arrancaban de la nieve destellos de fuego. Cuando era niño le daba miedo pasar junto a la cabaña abandonada, porque pensaba que alguien estaría atisbando detrás de la pared de troncos. Había una parra delante y la puerta permanecía siempre cerrada. Pero ahora no tenía miedo y, dejando el caballo, se acercó. Rechinaron los pernios y cedieron con un gemido; dentro no halló a un hombre, sino a una mujer morena y espigada que tenía el pelo azul de puro negro, brillando a la luz de un candil. Sus ojos enormes parecían entrecerrados por el sueño. De un rápido vistazo abarcó su fino talle y la tersura de sus manos; vio sobre la mesa un globo de vidrio, y que ella observaba un trozo de plomo fundido que había volcado en un cuenco de agua. Estaba tan absorta que no pareció advertir su llegada, pero luego habló sin mirarlo. “El plomo me decía que vendrías”, musitó. La luna apareció sin avisar y, aunque él sabía que lo estarían aguardando, allí se quedó. “Tienes la belleza de las huríes del desierto”, dijo, y ella sonrió. “Usted se pone lírico, don Frasquito”. Cuando él salió de la cabaña, las piedras agudas aparecían veteadas de luz y sobre el valle se extendía la neblina de la mañana. Estaba hambriento de cariño y se enamoró tardíamente de aquella bellísima mujer. En el pueblo, con las últimas luces de la tarde, las historias crecían como hongos. Todos pensaron siempre que Frasquito moriría virgen y ahora no había estopas para tapar tanta maledicencia. La llamaban Fanny y decían que era una meretriz que vivía con su madre en Ronda; otros,

que era la propia María Padilla que había embrujado al rey don Pedro. Alguien aseguró haber visto cerca de la cabaña un aquelarre, un corro de brujas desdentadas que hinchaban sus jorobas y lanzaban conjuros, incendiando los bosques y quemando los pastos. Decían que había vendido su alma al diablo, que hacía bebedizos de acónito y sabía el secreto de disolver la piedra imán en un vaso de vino blanco. Si un hombre bebía un poco de la piedra, nunca podría resistírsele. “El mozo no tiene la culpa”, decían los más viejos, pero ni siquiera Florentino el Viejo pudo convencerlo con razones. “El mayor mal de los males es tratar con animales”, rezongaba su hermano Carcunda, pero Frasquito salía cada noche a caballo para encontrarse con ella en la cabaña. En la parra crecieron pimpollos, las hojas susurraban con la brisa y el aire se hacía espeso por el aroma de los heliotropos. De camino atravesaba dehesas de encinares, cruzaba arroyos y dejaba atrás los alcornoques centenarios. Aquella noche Frasquito no tuvo que entrar, porque ella lo aguardaba a la puerta. “Estoy embarazada y lo que nazca será fruto de nuestro amor”. Cantaron las cigarras en verano, la parra extendió sus vástagos cargados de uvas sobre el cañizo y un sopor húmedo se cernía sobre los verdes jugosos y brillantes. “Gran calma, señal de agua”, decían los pastores oteando el cielo. Cuando tronaba la tormenta aquello semejaba un cataclismo, todo el pueblo temblaba y sus cimientos parecían aferrarse a la ladera. Pasaron las tormentas del verano y las del otoño, y llegó el invierno. Nadie pudo saber de cierto lo que entonces pasó. Decían que Frasquito había encontrado en la cabaña a un hombre que tenía a Fanny en sus rodillas mientras el niño dormía en la cuna. “La honra no tiene más que un golpe”, decían que dijo, y nadie la volvió a ver en la comarca. Hacía siete fechas que salió Frasquito del pueblo y no había regresado a su casa. Las ventanas del ayuntamiento estaban iluminadas día y noche con candiles y mariposas; los hombres salían a caballo a buscarlo y volvían sin él. Aquella tarde se estuvieron formando nubarrones mientras la cellisca azotaba las laderas desnudas; el cielo estaba gris y los golpes de viento hacían resonar el pantano como un órgano hueco. Los relámpagos se sucedían y los truenos llegaban apagados por la distancia cuando Rafael Arcángel, ensillando una mula, dijo que se marchaba a la sierra a buscar a su hijo. Ya de noche, culebrillas de fuego cruzaron el cielo en zig-zag hasta donde alcanzaba la vista; las montañas se estremecieron por el fragor del trueno y las bestias se lanzaron despavoridas por las trochas. Rafael Arcángel murió en medio de la tormenta, cuando montado en la mula lo alcanzó un rayo. Frasquito lo halló en su delirio y lo enterró bajo unas piedras, cuando ya el borde dentado del Hacho que dominaba el pueblo se recortaba nítido, y había amainado la tormenta. Volvió al pueblo con un niño recién nacido envuelto en una manta. Nunca supo nadie de dónde provenía, pero lo llamaron Rafael porque era igual que Rafael Arcángel, y alguien llegó a decir que era el viejo reencarnado. Los vieron aparecer a galope en el caballo negro por el camino de herradura y Frasquito llevaba ribetes colorados en torno a los ojos. Pero no sólo había perdido a su padre, sino que perdió a su madre también, porque Laura murió misteriosamente cuando se remecía en la hamaca. Alguien creyó ver una pareja por el lado del alambique; juró que el hombre llevaba alpargatas de esparto y la mujer un velo blanco con peineta de oro. Frasquito andaba delgado y doblado, más taciturno que nunca; hablaba con el espíritu de Fanny y duraban aquellas sesiones hasta la madrugada. No se supo de cierto si la evocaba o no, pero guardaba sus alhajas en un cajón y lo sorprendían mirándolas, durante el tiempo



que le quedó de vida. Fumaba mucho y sin parar, escarbaba la boquilla con un palillo de dientes para quitar la nicotina y se hacía en la maquinilla tazas y tazas de café. Las malas lenguas decían que había matado a Fanny y la había enterrado en lo más hondo de una cueva para librarse de su influjo. “Yo no duermo, y a todos doy mal sueño”, sonreía tristemente; y él, que nunca probó el alcohol, empezó a tomar vino aguada y acabó bebiéndose de un trago una botella de coñac. Doña Ana, su hermana que estaba soltera todavía y era muy piadosa, terminó por hacerse cargo del pequeño Rafael. Por entonces ya había llegado al pueblo un forastero, que se llamaba Mario y acabaría casándose con la heredera. El día de la boda Frasquito asistió a los festejos; parecía más contento que nunca y hasta cantó y bailó, estuvo bromeando con las mocitas y se retiró con el alba. “Hace tiempo que no me habla, debe estar demasiado arriba”, le oyeron decir. Al día siguiente estuvo en la iglesia y le encargó a don Sotero que dijera misas por su alma, porque estaba en vísperas de morir. Nadie lo volvió a ver. Las campanas tocaron solas; se registraron uno a uno todos los boquetes de la sierra y por fin lo dejaron tranquilo. “Se habrá caído en alguna hendedura”, decían. Se repartieron esquelas mortuorias con los bordes de luto; debajo de una cruz estaba su nombre en letras góticas, y abajo: “Sufrió un accidente, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad”. Durante muchos años lo llamaron el tío Frasquito que en paz descansa. Alguien derribó la cabaña en la sierra y levantó en su lugar un ventorrillo con una galería de cristales, cuando ya se habían inventado las gaseosas de bolita. Desde allí se pasaba a una huerta con árboles frutales cerca del arroyo; en verano, el porche debajo de la parra se llenaba de cajas con botellas de refresco, mesas con niños y parejas amarteladas. Más tarde levantarían allí mismo la estación del ferrocarril.

\*\*\*

CARCUNDA LE LLEVABA veinte años y Frasquito diez. Ana se parecía en todo a su madre, menos en la alegría. Era una niña grande y tranquila; le gustaba leer y a los diez años había devorado más libros que muchas personas mayores. A los doce escribía versos de gitanos; se hizo una muchachita triste y muy piadosa que rezaba y hacía obras de caridad, y a su puerta aguardaba todas las mañanas una cola de pobres, que aseguraban que hacía milagros. Un día estaba repartiendo chorizos de la fábrica de su padre cuando llegó Carcunda, furioso, pero ella no tenía en la mano más que palomas mensajeras. Todo el pueblo pensaba que se iría monja o se quedaría moza vieja, porque cuando no hacía versos estaba tejiendo encaje de bolillos. El día de la Virgen ella arreglaba la carroza para la procesión, recortaba las flores en papel colorado simulando amapolas y las sujetaba con alambre. Ayudaba a las criadas a encalar las paredes; la cal estaba tan espesa de tanto repintar que las esquinas se iban redondeando y las ventanas más pequeñas empezaban a cegarse. Al muro blanco le pesaban las costras de cal y siempre había goterones en las hojas verdes de las aspidistras. El hecho de que sus padres murieran al mismo tiempo le pareció lo más natural. Tenía veinte años cuando se hizo cargo del pequeño Rafael y una noche en sueños le pareció que

la llamaba. Se aproximó a la cuna donde dormía el niño rubio como un angelote y vio en la almohada un bicho amarillo, con pinzas y un aguijón retorcido en la cola. Sacó con cuidado al bebé de la cuna y dio gracias a Dios que le había salvado la vida, llamando después a las criadas para que echaran el alacrán al fuego con unas tenazas. Llegaban a la casa hombrecillos entecos con mascotilla parda, mujeres con pañuelos de un negro-pardo a la cabeza y un bocio grueso y tembloroso como buche de paloma. Venían de toda la comarca buscando los remedios del veterinario y no se les cobraba; mientras Frasquito curaba a las bestias, Ana les preparaba un desayuno de café negro con crujientes ruedas de tejerings. Ella tenía un aire tan fino y una piel tan delicada que, según decían en el pueblo, se iba a marchitar muy pronto. Fue por entonces cuando llegó don Mario al lugar. Frasquito estaba cada vez más melancólico, porque se consideraba responsable de las muertes de su padre y su madre; acostumbraba a sentarse a meditar al borde del camino a las afueras del pueblo. Un día vio acercarse a un hombre joven de talla media, con mirada orgullosa y sombría, que llevaba a su caballo de la brida. Vestía camisa fina, chaquetilla de terciopelo con botones de plata y calzaba polainas de piel blanca. Fue hacia Frasquito, le pidió fuego y él se lo dio. Estuvieron charlando; Frasquito lo invitó a su casa y el otro rehusó. El sol iba cayendo, una calina luminosa se extendía sobre los tejados y desdibujaba las cumbres en la lejanía. El recién llegado dijo llamarse Mario y poco más de sí mismo; al final cargó el trabuco y el zurrón, montó su bayo y tomó al galope el camino de la sierra. Desde entonces llegaba al pueblo casi todos los días; el veterinario y él se convirtieron en uña y carne. Parecía un hombre duro y, aunque nadie sabía su procedencia, a todos hablaba y a todos convidaba. “El que es amigo de todos o es muy rico o es muy pobre”, decían. Como tenía los dedos ágiles y finos como los de un jugador profesional y manejaba doblones de oro, decían que había sido un consumado tahúr y que sabía más que las culebras. Alguien habló de Arrebatacapas, el puerto por donde pasaban sus alijos los contrabandistas, y a él se le demudó la cara. Ana tenía veintidós años y había empezado a emperifollarse y a desempolvar las alhajas de la familia. Una tarde fue a darle un recado a su hermano que estaba con el forastero. “Hoyo en la barba, hermosura acabada”, le susurró él al oído, y desde entonces se acabaron los lutos. Todas las tardes Ana tenía algún recado para Frasquito y siempre se presentaba a buscarlo con unos zarcillos nuevos. Se puso por primera vez la gargantilla que había heredado de su madre y ésta de la suya, de perlas desiguales y pequeñas que llamaban aljófara. Daba el recado y don Mario no le quitaba ojo, porque tenía el talle fino, la tez nacarada y la nariz un poco respingona. Ana llegó a viajar a Ronda y a hacer importantes gastos allí; se compró una sortija con un camafeo y algunos vestidos, y al mismo tiempo iba abandonando al niño Rafael, que salía cada vez más a menudo a triscar a la sierra. Don Mario se instaló en una finca y llegaba al pueblo a diario; le regalaba rosas a la hermana de su amigo y llevaba en la boca el extremo del tallo para que con la humedad de la saliva no se amustiaran. Un día la pidió en matrimonio y le regaló un aderezo de brillantes que esparcía una cascada de luces. La casa de la novia se derribó entera. Don Mario mandó renovar las alfajías; se eligieron suelos nuevos en muestrarios con flores y hojas, disponiéndose alrededor grecas adecuadas para cada dibujo. El patio lo solaron en mármol blanco y, aunque el agua no llegaba al pueblo, se plantó una fuente en el centro para cuando llegara, con azulejos sevillanos y ranas de cerámica verde. Se alicataron las paredes de

colores, cambiaron el pasamanos de la escalera por uno de madera brillante y revocaron la fachada, limpiando el escudo en piedra de don Miguel de Mañara que estaba encima del dintel. La chapa metálica de la chimenea se pintó de negro con faisanes y pusieron en la sala cojines de seda con paisajes japoneses y borlas de oro. “Te vas a arruinar”, decía ella. Cambiaron el tapizado del reclinatorio por otro de brochado escarlata; Ana se arrodillaba en el oratorio, para dar gracias a Dios por lo que estaba sucediendo. Mandó renovar todas las instalaciones de la fábrica de embutidos, incluidas las grandes vigas de madera de donde colgaban los jamones. Las tierras de los tres hermanos iban mal, porque Frasquito era soñador, Ana era mujer y Carcunda ya se ha dicho cómo era. Por eso don Mario compró el Baldío y el Alcornocal, pagando al contado en pelucones de oro. “No conserva bien quien no aumenta”, decía. Y aunque era recio y de mucha autoridad parecía temer alguna cosa, por lo que se mandó hacer una tumbaga, una sortija en oro, plata y cobre que era amuleto contra la perlesía. “El hombre a quien muchos temen, a muchos ha de temer”, decían en el pueblo, porque tenía mucho que perder ahora, mucho más que antes que apenas tenía nada que perder. Cazaba en la sierra alimañas, llevándose consigo al pequeño Rafael. Tenía caballos en su finca y en sus tierras se cebaban los cerdos. Dentro del edificio, que rodeaba una plazoleta cerrada, las paredes estaban cubiertas de pieles de zorros y gatos monteses. Caminaba solo al anochecer por el pueblo, subiendo a las calles más altas entre muros cubiertos por siglos de cal, para otear el horizonte. Compró en la capital un bonito vestido de novia, alquiló músicos para la iglesia y a la boda estuvo convidado todo el pueblo. Fue entonces cuando Frasquito desapareció. A los nueve meses y dos días, el matrimonio tuvo una niña; don Mario le regaló a su hija el mejor mantón de Manila que se viera en la sierra y repartió duros de plata entre todos los huérfanos del contorno. Aquel año pagó de su bolsa las fiestas de la Virgen, que se alargaron por más de quince días. En todos los balcones se pusieron mantones y colgaduras, llevaron toros y toreros y las corridas se celebraron en la plaza. La última noche hubo un estallido de luces sobre el pueblo que los dejó maravillados, una lluvia de fuego trazando mil colores, mientras las varillas de los cohetes zigzagueaban más altas que la torre de la iglesia. Pasado el tiempo, llevaba don Mario a su hija a ver acostarse la luna. La subía a hombros por el camino pedregoso y aguardaban el momento en que la luna se acostaba. No tuvieron más hijos que ella, porque un mal día mataron a don Mario en una emboscada. La luz incierta de la tarde iba dominando el pueblo cuando él salió como siempre a caballo, llevando delante en la silla al pequeño Rafael. Un serrano lo había visto todo desde lo alto de una loma y fue quien relató lo sucedido. Vio apostado un corro de hombres, que al verlos venir los rodearon, sacando las navajas. Desmontaron al niño para que no se entrometiera y todos saltaron sobre don Mario al mismo tiempo. El que le había dado el alto lo alcanzó en la garganta con la faca; allí movió la hoja con tal fuerza que la rompió, saliendo de la herida empujada por un caño de sangre. Luego lo remataron con una puntilla para toros. Murió a los treinta y cinco años. En el pueblo el sol se había ocultado por detrás del Hacho, inundando el cielo con un resplandor rojizo. La torre de la iglesia se recortaba contra la pared rocosa y los árboles cabeceaban suavemente. Ana estaba haciendo encaje de bolillos a la luz de un candil: cruzaba los palillos sobre la almohadilla redonda, sujetaba los nudos con alfileres y los palillos se entrechocaban con un sonido mínimo. De pronto, sintió algo como un pinchazo en el cuello. Cuando salió al zaguán

vio que traían a alguien envuelto en una manta; era una persona porque asomaban unas botas, así que no quiso ver más y entró en la casa, horrorizada. Todos pensaron que a don Mario lo habían matado sus antiguos compañeros, porque llevaba en la frente rajada la cruz de san Andrés y se le había formado en la garganta un abrevadero de moscas. “Cayó muerto sin decir ni puñetero el pío”, accionaba el serrano. “Mientras, el niño Rafael estaba sentado en una peña, mirándolo todo”. Luego lo habían amortajado y estaba tan quieto, con las manos cruzadas; le cubrieron el rostro con una piel de zorro y pusieron un gato montés disecado a sus pies. Carcunda estaba tomando la mañana con una botella de aguardiente cuando le dieron la noticia. “Esto es el fin del mundo”, fue lo único que se le ocurrió decir. Muchos años después, la hija querría recordar sus manos; sabía que eran morenas y alargadas y que en el dedo anular lucía una tumbaga. Hablaban en el pueblo de aquella historia dolorosa que su madre evitaba siempre, que tenía entreoída en medias palabras y alusiones veladas. Doña Ana estuvo mucho tiempo acudiendo al portón de abajo, aguardando el chasquido de los cascos del bayo y su rasgar sobre las piedras mondas. A los niños los vistieron de negro, desde el lazo que la niña llevaba en el pelo hasta los calcetines y zapatos; su madre llevaba un velo espeso cubriéndole la cara y se envolvía en un manto de gasa negra que le llegaba hasta los pies. Hasta a Carcunda lo obligó a ponerse una camisa negra; el luto duró años y se empalmó con otro, porque siempre había alguien para morir y alargarlo. La niña siempre recordaría a su madre de negro; nunca sabía si el luto era de un muerto reciente o de alguno anterior. “Duelen llagas, pero untadas menos”, decían los del pueblo. Doña Ana parecía haber muerto también; su vida se componía de sensaciones muertas y desde entonces los muertos empezaron a cobrar relieve. Muertos que antes eran como personas de cera se volvían ahora de carnes a medio pudrir. “Enterradlos antes de que se pudran”, rogaba ella en su delirio. Había dejado de hacer versos y estuvo acostada mucho tiempo, escuchando el tañer de las campanas lento y acompasado, sabiendo que fuera era de noche todavía y no tardaría en amanecer, en sonar el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas; en la oscuridad de los párpados sentía el calor de las lágrimas, mientras oía sus propios suspiros y los ruidos de siempre. “No hay mal tan grave que no se acabe alguna vez”, la consolaban las criadas. Pero a ella seguían castañeteándole los dientes cuando salía al portón de la casa y miraba a la calle; su sonrisa era una sonrisa triste, porque había perdido al marido tan joven. Se había quitado los brillantes y se puso un aderezo de azabache que la acompañaría hasta la muerte. Su hija era una niña nacarada de piel, castaña de pelo y con los ojos color avellana. Era reflexiva como su madre, pero al mismo tiempo tenía la alegría esporádica de su abuela. Había en la casa largos rezos de rosario que guiaba doña Ana vestida de negro, contestándole las criadas sin demasiada devoción. Luego estaban las letanías y la salve, el credo y el padrenuestro por los difuntos, otro por las intenciones de nuestro Santo Padre y así hasta quince padrenuestrros, todos con el avemaría y gloria. Se les abría la boca y ahogaban los bostezos, pero aún quedaban las jaculatorias. Luego la niña se despedía y la llevaban a su cuarto a dormir; a la cabecera de su cama había una pila con agua bendita y sobre la mesilla el verdó, la jarra de cuello alto y estrecho ribeteada de oro, con un vaso a juego que la cubría. Ella y su primo Rafael almorzaban con las criadas en la cocina y a doña Ana no la veían más que para rezar el rosario. Poco a poco se había ido entregando de nuevo a sus obras de caridad; se llevó a la casa a una

huérfana de cinco años a quien llamaban Niña Difuntos que luego sería, para su desgracia, la mujer de Pasos Largos. La niña era medio hija medio sirviente, sin más obligación que regar las macetas de fucsias y sacar brillo a las hueveras de la chimenea. Pasó el tiempo y el niño Rafael, que se había hecho un hombre, iba por la sierra vendiendo tocino con un borrico. Fue por entonces cuando doña Ana se murió de ganas de morirse. Su hija María le cerró los ojos y la amortajaron con el aderezo de piedras negras, que ella llamaba azabache y no eran más que trocitos de carbón endurecido. “Desde que nací lloré, pues cada día tiene su propia pena”, fueron sus últimas palabras. María se llevó con ella a Niña Difuntos cuando se casó con Rafael, que había vuelto rico y le compró la fábrica de embutidos. No hubo festejos porque la novia estaba de luto y se casó de negro, con una rosa negra que el novio le trajo de la sierra, prendida en el pelo castaño.

\*\*\*

TENÍA DOS AÑOS MARÍA cuando se quedó huérfana de padre; entró en la iglesia de puntillas y encontró el túmulo envuelto en crespones negros, con dos gruesos cirios a la cabecera. Le pusieron zapatos negros de charol con trabilla; creció en el patio entre jazmines y azulinas, macetas de fucsias y claveles menudos, bajo la palmera de dátiles ásperos que remontaba los tejados. Rafael la enseñaba a vaciar los melones pequeños con una navajilla, recortando dibujos en la cáscara vacía y metiendo una vela dentro, para usarlos de farolillos y adornar el patio. En el matadero de la fábrica relucían las perolas de cobre; se oía berrear a los cerdos en su último alarido mientras las mujeres ataban chorizos y morcillas en largas mesas de madera. Por la tarde los ponían de limpio y los sacaban de paseo a la plaza; a veces bajaban a la huerta y metían los pies en el arroyo, husmeaban en el alambique o resbalaban en las piedras mondas con los zapatos recién embadurnados de betún. Se cruzaban con las mujeres del pueblo vestidas de negro de pies a cabeza, envueltas en mantos negros de algodón, tapándose la cara como si todavía anduvieran los moros por la sierra. Así corrían, se agachaban, trajinaban y se volvían con el cántaro a la cabeza, que se balanceaba sin caer. Cerca estaba la casa que fue de Carcunda y luego de don Sotero el cura; los niños entraban en la iglesia donde había aromas a cera quemada y a flores marchitas, metían los dedos en la pila del agua bendita con cuidado de no remover la suciedad del fondo y se persignaban con el dedo húmedo. Allí estaba la niña descolorida vestida de monago que se llamaba Cuarenta Mártires, que tenía el pelo ralo y los ojos de un azul desvaído. “Cochina, tienes velas de mocos”, le decía María, que era su prima sin saberlo, y observaba curiosa sus piernecillas retorcidas y los ropones de monago transparentes de tantos lavados y zurcidos. El día de la Virgen, Cuarenta Mártires aparecía lavada y repeinada, menos desgalichada que otras veces y con sandalias nuevas; la habían vestido de ángel con unas alas de plumas de gallina y una corona de orillo en la cabeza. “¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos”, decía Emerenciana la Rubia; luego seguían resbalando por las calles en procesión, sobre los goterones de cera, cantando a voz en grito el “Venid y vamos todos”. Por la tarde los niños jugaban

endomingados en medio de la plaza, bajo los picos ásperos del Hacho y de Tabizna y al otro lado una caída pedregosa que se extendía hasta Benaoján. Al subir la cuesta del pueblo, María hallaba a las personas de siempre en los zaguanes: el viejo curandero de huesos que se llamaba Florentino el Viejo, la niña de ojos negros y tristes a quien llamaban Niña Difuntos. Lo que más le gustaba era llegar a la choza del curandero. Todos se quedaban callados cuando la veían: era siempre lo mismo, aquellas miradas huidizas, aquel callar cuando ella se acercaba. Sabía que relataban antiguos sucesos, historias de bandoleros, heridas que nunca se cerraban y no se olvidarían. Un día se sentó junto al viejo y notó en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Lo miró fijamente y le dijo: “¿Cómo era mi padre?”. El le contestó: “Era un hombre de una vez.” Luego le mostró el cementerio abajo, en un suave desnivel. “Allí está enterrado, en la casilla con tejado verde”. “Ya lo sé, mi madre me lo dice muchas veces”. Cada vez se parecía más a su madre y a su abuela, alegre como ésta y sensata como aquella. Tuvo que sacar adelante su casa, porque su madre era negada para las cuentas y se había retirado de las cosas del mundo. Doña Ana no hacía más que rezar y hacer azucenas de trapo con rabos de alambre y pistilos amarillos; aguardaba a su hermano Carcunda cuando llegaba adormilado en su caballo y trataba de convertirlo. Había cumplido María los catorce años cuando recogieron a Niña Difuntos, que no tenía más que cinco y se había quedado sola en el mundo.

\*\*\*

EL NIÑO RAFAEL había pasado muchas horas retrepado en el montón de piedras donde se suponía que descansaba el cuerpo de Rafael Arcángel, su supuesto abuelo. Era rubio lo mismo que él, pero siempre fue chaparro de talla y tenía en la frente un antojo de color café que se le fue aclarando con el tiempo. También andaba trasteando por la casa, mirando a través de aquellos agujeros redondos que había en las puertas y llamaban gateras, por donde veía las pantorrillas de las criadas que zaleaban las alpargatas de acá para allá. Unas tenían piernas gordas como morcillas, algunas como palos, y él las reconocía por las pantorrillas. Jugaba con su prima María dentro de una tina; allí supo que las niñas tenían dentro de los calzones unos pellejillos rosados y brillantes. Era muy joven Rafael cuando, a lomos de su borrico, empezó a trabajar acarreando fardos de tocino añejo por la sierra. Se acostaba bajo las estrellas entre jara y retama florecida y en invierno escalaba ventisqueros, gargantas donde el aire rugía y tronaban las tormentas. En el camino se unía a los contrabandistas que llevaban tabaco de Gibraltar a toda Andalucía y, para llegar a los cortijos, se estaban jugando el pellejo en cada curva esquivando a la guardia civil. Nunca las alforjas del niño volvieron de vacío. Cuando creció vestía pantalón de pana, botas de cuero con correderas en los tobillos, chaqueta corta a la andaluza y sombrero de ala ancha, matando el gusanillo de mañana con un vaso de aguardiente. Cuando su prima se lo afeaba, él le decía: “Me he criado en la sierra, no querrás que me desayune con un cuenco de leche”. Se había propuesto comprarle la fábrica de embutidos y luego casarse con ella, que se había quedado sola con Niña Difuntos. De nuevo se remozó la casa, las ranas de la fuente soltaban

chorros por la boca y en la pila nadaban peces rojos y panzones. En una pared del patio colocaron una capilla con el Cristo del Gran Poder, bajo un tejadillo vidriado por donde trepaba el jazmín. El había llevado a la casa una culebra para que se comiera los ratones y se deslizaba por los corredores como la sombra del Edén. Con el tiempo, el matrimonio tuvo tres hijas a las que pusieron de nombre Alacoque, Consuelo y Amelia. Por entonces, Rafael recibió en su casa a los ingenieros suizos que venían al pueblo para construir un pantano. Fue desde el principio un proyecto disparatado, ya que la montaña estaba hueca y llena de agujeros, de forma que el agua se colaba y el embalse se quedó sin terminar. Los ingenieros se volvieron a Suiza con sus esposas, llevando ellos sombreros de ala ancha y ellas mantones de Manila que legarían a sus nietas. Rafael se había comprado el mejor caballo de la serranía, un alazán careto que no tenía cinco años; un día pasaba con él por la cancha de Cantarranas, sin saber que el bandolero Pasos Largos lo aguardaba escondido. Le dio el alto, apuntándolo con su escopeta. Era muy alto y seco, tenía las pupilas de un gato y sobre la camisa raída le penduleaba una cruz de metal; a continuación, le pidió cuarenta mil reales contantes y sonantes. “No tengo tanto disponible. Sólo diez mil, en la casa del pueblo”. “Mandaremos por ellos”, dijo Pasos Largos. Pegó un largo silbido y de las matas salió un zagal. “Avisa al aparcerero de don Rafael y dígale que aquí lo aguardamos”. Cuando llegó el colono, le dieron el recado para doña María. “Y que no tenga miedo, que estoy en buenas manos”, dijo el amo con sorna. Había desmontado y estuvieron echando un cigarro; como Rafael tenía hambre, el bandolero sacó del zurrón pan negro y un trozo de queso y se pusieron a comer. Al final le pidió el reloj para resarcirse del convite y el otro se lo dio sonriendo. “Los negocios son los negocios”, le dijo. Jugaron a las cartas para entretenerse y Pasos Largos le ganó el suelto que llevaba. Cuando el aparcerero volvió con el dinero, cada cual se fue por su lado. Poco después, Niña Difuntos se echaría a la sierra con el bandolero. Por entonces nombraron alcalde del pueblo a Rafael; llevó la luz eléctrica, remozó la escuela y construyó lavaderos nuevos cerca de la fuente. Tenía en su despacho un retrato del rey y tuvo que quitarlo cuando llegó la República. Se había granjeado enemigos y el peor era el administrador de unos marqueses de Ronda. “Guárdate del agua mansa”, le decía su mujer cuando estalló el Movimiento. Todo pareció empezar cuando María perdió el solitario que había heredado de su madre. Lo buscó por todas partes, trajeron fontaneros que casi desbaratan la casa rastreando las cañerías, pero el brillante de la sortija, gordo como un garbanzo gordo, no apareció. Aquel día Florentino Zunifredo parecía mohíno y la miró con gravedad. “Con bien venga el mal si viene solo”, pronosticó. Ella se estremeció, temiendo lo que ocurriría después. Rafael desapareció y no lo volvieron a ver. Hasta que un tal Pastor, hijo de Florentino Zunifredo, contó que vio cómo lo quemaban en el campo, sin haberlo fusilado primero. Buscaron sus cenizas y sólo hallaron los gemelos de la camisa que llevaba puesta. El mismo día apareció muerto el Careto; se había tumbado en la cuadra y no volvió a levantarse. Estamparon el nombre de Rafael en una lápida a la puerta de la iglesia; María dejó Montejaque para marcharse a vivir a Ronda, a una casa al lado de la plaza de toros.

CUANDO NACIÓ ALACOQUE, el siglo veinte tenía cuatro años. Fue desde siempre una niña desgarbada y alta, vivo retrato de su tío Frasquito; los vestidos se le quedaban cortos y los tenían que alargar, igual que ocurriera con la ropa de su tío-abuelo. Tenía la rara habilidad de hacer las cosas torcidas, más por aturdimiento que por malicia. Las criadas la tomaban por loca porque hablaba con los pájaros; a los siete años tuvo la meningitis, se le torcieron los ojos y salió de la enfermedad entendiéndose con las aves. Era más mentirosa que la luna y tan fina como un cardo borriquero. “Miente más que da Dios”, se quejaba su padre, pero Florentino Zunifredo, el curandero, le acariciaba la cabeza y la disculpaba. Él mismo le dijo que si orinaba en el extremo del arco iris se volvería varón; desde entonces la niña perseguía al arco iris cada vez que salía, sin que nunca diera con la punta. Otra vez se fue con una amiga pobre a vender castañas por los pueblos y a la vuelta llevaba las rodillas llenas de mataduras. “Con ésta, es lo mismo que majar hierro en frío”, se quejaba su padre, pero el curandero la disculpaba por aquello de la meningitis. Por la tarde burreaba en la plaza con los muchachos o saltaba las tapias del cementerio, para jugar a las tabas encima de las tumbas. Andaba siempre con Pastor, el hijo de Florentino Zunifredo; chupaban regaliz de palo hasta que se convertía en una escobilla o robaban algarrobas para hacer rosarios con las pipas. “Mientes más que parpadeas”, le decía su madre, y cuando alguien mentaba a la bicha, ella hacía muy deprisa la señal de la cruz. Su padre le trajo de Ronda un libro de urbanidad para que aprendiera a comportarse, pero con ella era como sembrar en el camino, que se cansan los bueyes y se pierde el trigo. “Esta niña está aventada”, se quejaba la madre, porque andaba siempre zarceando por la fábrica y columpiándose de una sogá en el matadero. Se pirraba por los muchachos desde muy pequeña, y cuando sus amigas estaban orinándose en la cama, ella ya tenía una larga vida sentimental. Ni castigos ni amenazas la hacían desistir de pelar la pava en la ventana con el primero que llegaba; tuvo un novio albañil, otro titiritero, y hasta un vendedor de fritadas negro como un moro, que había pasado por el lugar montado en una mula torda. Un año por ferias llegó al pueblo un faquir, y Alacoque se enamoró de él. Era un hombre flaco todo lleno de huesos, llevaba un turbante a la cabeza y se pasaba el tiempo tumbado en una tabla con pinchos. Estaba dispuesta a marcharse con él, y lo hubiera hecho si él no hubiera desaparecido una noche como por arte de magia. A los quince años terminó por hacerse novia de Pastor, que tenía su misma edad. Un domingo decidieron escaparse juntos, y su hermana Consuelo no pudo hacerla desistir. El día fijado caía en jueves, y cuando Alacoque fue a despedirse de la hermana menor, la escena no fue como para derretir las piedras. “Buscaré un trabajo”, le dijo, y ella sin dejar de zurcir calcetines, contestó: “¿Un trabajo? Será de corista, porque lo que es de otra cosa... No sirves ni para freír un huevo”. Era medianoche cuando don Sotero el cura, que volvía de dar los óleos a un agonizante, se los topó junto a la fuente. Primero vio a Alacoque y luego un bulto blanco que se movía en la oscuridad, y era que Pastor se había vestido de fantasma. Llevaba por encima una sábana grande y encajado en la frente un trébede en forma de corona; en cada una de las tres patas del trébede había atado una vela encendida, y las tres humeaban ahora, apagadas por el airecillo. “Vas a matar a tu madre a disgustos”, le dijo a la chica don Sotero, mientras la llevaba a su casa a empujones. “¿Hasta dónde pensábais llegar, pecadores?” Fue entonces



cuando los padres determinaron mandar a las tres niñas a un colegio de monjas en la capital. Amalia, la menor, no tenía más que seis años. Consuelo tenía trece, y Alacoque estaba metida en dieciséis. Era primavera cuando llegaron al colegio del Monte. Por entonces Consuelo era regordeta, con un hoyuelo en la barbilla, y cayó bien a todo el mundo. Rezaba el rosario en las filas, y en sus ratos libres pintaba estampas de pergamino con lirios y azucenas, que luego las monjas vendían en las rifas. En cambio Alacoque parecía un alma en pena, los uniformes le quedaban mal y llegaba tarde a todas partes. Acudía tarde a la capilla y al recreo, y siempre olvidaba el velo, el devocionario o los guantes. Guardaba en el pupitre meriendas atrasadas y rancias y trozos de pan duro, libros sin estrenar, y dentro de la tapa prendía con chinchetas a los actores del cine mudo, recortados de las revistas. Los domingos se aburría de muerte, jugaban a civiles y ladrones, y como era tan bruta todas temían sus embestidas ciegas. Apenas tenía amigas, y al final las monjas tuvieron que avisar a sus padres: “Vale más que se la lleven, esta chica está demasiado encerrada en sí misma”. Estaban a punto de mandar a buscarla cuando ella, por llevar la contraria, decidió quedarse en el convento. Desde entonces cambió de medio a medio, y en lugar de sembrar la rebeldía entre sus compañeras, se hizo tan dócil y amante del colegio que no quería ir a su casa ni durante las vacaciones. Sus padres tenían que llevársela a rastras, de modo que las malas lenguas llegaron a decir que no era hija natural, sino que la habían adoptado. Tanto tiempo pasó en el internado, que al final jugaba al tenis con las hijas de sus antiguas compañeras. Sólo consintió en salir cuando Amelia, a la que llevaba diez años, dejó el colegio para casarse con don Camilo el médico. Poco tiempo después, quiso el destino que Alacoque conociera a un italiano llamado Zito Palli. Lo oyó cuando cantaba ópera bajo un automóvil, mientras arreglaba una avería del tubo de escape. Cuando se puso en pie vio que era un hombre bajito que no le llegaba ni siquiera al hombro, pero aún así se enamoró de él, y siguió enamorada hasta la muerte.

\*\*\*

ZITO PALLI HABÍA NACIDO en Buenos Aires de padres italianos, pero nunca se desprendió de su lengua materna. Había ejercido multitud de oficios, viajado por muchos países, y conocía muchos idiomas, menos el castellano. Fue camarero en Francia y cantante de ópera en Londres, y hacia el año treinta llegó a Ronda, donde coincidió con Pasos Largos tomando café o jugando a las cartas en el café Sibajas. Llevaba el pelo muy repeinado con gomina, botas lustradas y corbata de pajarita, y en el dedo anular una gruesa sortija con sus iniciales. Usaba un bastoncillo con puño de plata que le hubiera servido a un niño de diez años, y al caminar daba saltitos como un pájaro, como si tratara de sobrepasar lo menguado de su estatura. Para saludar a las damas se doblaba por la mitad en ángulo recto, llevaba siempre los pantalones impecablemente planchados, y para ello los estiraba por la noche debajo del colchón. Lustraba las botas a diario con escupitinas, y las frotaba minuciosamente con una bayeta amarilla. Él mismo almidonaba los cuellos de sus camisas, con una vieja plancha de hierro que transportaba en su maleta de piel de cocodrilo. Se había especializado en la busca de objetos romanos y árabes, y a ratos ejercía como

guía de turistas. Les mostraba las bellezas de Ronda que conocía como nadie, y en un español chapurreado les contaba que allí luchó Sertorio contra Pompeyo, y que él mismo le dio el nombre de Munda. Le estuvo mostrando la plaza de toros al gobernador, el día en que llegó a felicitar a las autoridades por la muerte de Pasos Largos. Y mientras no podía dejar de pensar en aquel cuerpo muerto que se estarían comiendo los gusanos, explicaba de memoria: “Fíjese en la barrera de pietra y en el antepequio del balcón, de pura forja rondeña”. Era la segunda vez que el gobernador visitaba Ronda, y tenía prisa por volver a Málaga, pero tuvo que oír cómo le enumeraban toda la dinastía de los Romero, toreros de Ronda que fijaron las leyes del toreo. “La plaza es propiedad de la Real Maestranza”, intervino el alcalde, y él asintió: “No é la más antigua, ma sí la piú fermosa. Interior neoclásico, chento cuarenta archi rebajati sobre ágiles colonnas de pietra”. Poco después, Zito Palli visitó Montejaque; estaba arreglando una avería cuando pasó Alacoque, que en al acto se enamoró de él por los trémolos de su voz. En su casa no lo querían porque era aventurero y de procedencia dudosa, y tuvieron que celebrar la boda sin el consentimiento de la familia, el mismo día que se casaba su hermana Consuelo con un tal don Jesús, emparentado con el marqués de los Zegríes. Pronto, Zito Palli se dio cuenta de que Alacoque tenía una facilidad pasmosa para los idiomas: dominaba el francés y el inglés, chapurreaba el alemán, y pronto supo el italiano mejor que su marido. Todo lo había aprendido sola, en los diccionarios y en las enciclopedias, así que él tuvo que prohibirle su consulta para que no lo dejara mal. “Ya sabes bastante, ahora dedícate a hablar con los pájaros”, le sugirió inocentemente. Se habían comprado una bonita casa frente a la alameda, y como nunca tuvieron hijos, su sobrina Águeda pasaba largas temporadas con ellos. Era la hija mayor de Amelia y don Camilo el médico. La querían de veras, y ella les correspondía; Alacoque la vigilaba desde la terraza cuando la niña se subía trepando al quiosco de la música, o saltaba desde los poyetes. Por entonces Alacoque tenía el pelillo suave y ralo como plumón de pájaro, usaba dentadura postiza, y siempre llevaba de un brazo un gran bolso, y del otro a su marido bajito. Él había podido comprar una pequeña finca al pie del puente romano, con tan buena fortuna que descubrió en ella unos legendarios baños árabes. Bajaban hasta allí bordeando el palacio del marqués de Salvatierra, con su fachada de sabor incaico donde un par de muchachitas de piedra se cubrían sus partes pudendas con las manos, mientras dos hombrecillos les sacaban la lengua. Luego atravesaban el arco del sillón del rey moro, el puente árabe y el romano, hasta que llegaban a la huerta. Un día Zito Palli estaba arreglando las coles, cuando se abrió un profundo agujero a sus pies. Bajó colgado de una cuerda, y halló una serie de salas llenas de ajimeces y de arcos lobulados; descubrió el lugar por donde pasaba el vapor al baño principal, y halló la sala de relajación, y la de los masajes, mientras Águeda lo aguardaba arriba junto a las coles. “Non vivía mal Ahmed El Zegrí”, exclamó al salir, después de trepar por el agujero. Instaló un anticuario en su casa frente a la alameda, y desde entonces convivió el matrimonio con las monedas y medallas antiguas, y los toros ibéricos de piedra berroqueña. Vendía de todo, cachivaches romanos y piedras de colores que estaban guardadas en vitrinas con fondo de terciopelo, y los turistas los sorprendían almorzando entre capiteles corintios. Zito Palli se especializó en venderles a los extranjeros el reloj de bolsillo de Pasos Largos, y para ello no daba abasto a hacerse con relojes antiguos de toda procedencia. Se dedicaba a mandar

carteles de toros grabados en seda azul celeste a los más ilustres personajes del mundo; ellos le contestaban, y tenía cartas de las más famosas estrellas del cine, del presidente de China comunista y de la otra, del duque de Edimburgo y su mujer, de cuatro presidentes de Estados Unidos, y hasta del general Franco que no escribía cartas a nadie. Algunos empezaban a ponerse amarillos cuando Alacoque quiso enseñarle a Águeda la lengua de los pájaros, así como el francés y el inglés, pero Águeda no descubría la pólvora, ni se le daban los idiomas. Sí le gustaba mirar aquellas piedras rojas como rubíes, verdes como esmeraldas, aunque nunca estuvo segura de que fueran en realidad más que pedacitos de cristal. Así que la tía la dejó por imposible, y se dedicó a buscarle un novio. Le regaló una colcha de seda italiana con faisanes bordados para cuando se casara, pero la colcha estuvo tantos años guardada, que acabó deshilachándose la seda y sólo quedaron los faisanes al aire, bordados en colorines.

\*\*\*

CONSUELO HABÍA SIDO una niña regordeta y bonita. Tenía hoyuelos en la cara como su abuela doña Ana y era piadosa como ella, pero heredó la alegría de su bisabuela doña Laura, aunque siempre la vestían de negro porque no había acabado un luto cuando lo empalmaba con otro. Iba a la catequesis que impartía don Sotero el cura, y él le daba recortes de oblea que se le deshacían en la boca como los barquillos. Guardaba estampas de todos los santos, de san Antonio con el Niño en brazos, de la Milagrosa con rayos en las manos y de san Juan Bosco rodeado de niños. Tenía la casa llena de altares adornados con pensamientos y margaritas; las estampas terminaban alabeándose al sol en el poyete de las ventanas, y las flores por amustiarse en los frascos de brillantina. Le gustaba cantar arias de zarzuelas, y lo hacía tan mal que la mandaban a los cebaderos a entonar “La linda tapada”. Cuando a los trece años la llevaron interna al colegio de monjas, sor María de la Fe empezó a enseñarle a pintar estampas devotas, y ella se pasó años iluminando a la acuarela varas de azucenas y manojos de violetas sobre el pergamino. Pronto la hicieron Hija de María, en aquella capilla donde brillaban los dorados y titilaban las luces de las velas. Luego, su padre le compró unos tubos de pinturas de óleo, y desde entonces consumía sus vacaciones pintando la serranía, y las piedras grises veteadas de blanco que había entre Montejaque y Benaoján. Lo hacía de memoria, porque se sabía de memoria su pueblo, y el aguarrás se iba tiñendo mientras surgían en la tela las lajas verticales y lisas apiñadas en grupos. El vestido de luto de Consuelo contrastaba con el blanco de la cal en las paredes, su perfil era nacarado y sus manos blancas y finas. Un día quiso pintar una Purísima, y todos vieron con estupor que tenía las pupilas coloradas. Entonces se dieron cuenta de que era daltónica, y que no había sido un simple capricho que pintara en verde el tejado de la ermita cuando en realidad era rojo, y que las manchas color rosa eran para ella de un verde muy claro. Nunca entendió nadie si confundía el rojo con el verde porque los veía iguales, o era que los trabucaba, o era que ni siquiera los veía. Su afición estuvo a punto de venirse abajo por el inconveniente. Le sugirieron que se dedicara a la escultura y la casa se llenó de pequeñas arquetas talladas con cabezas de guerreros,

de bargueños enanos haciendo juego con pequeñas mesas salomónicas, y de jamugas diminutas que se abrían y cerraban como las de verdad. Pero luego volvió a su afición natural y siguió pintando paisajes de memoria y estampas con azucenas. Cuando salió del internado había adquirido distinguidos modales, era bonita y lo sabía, y se pasaba horas ante un espejo de tres cuerpos que le devolvía su perfil. Tenía muchos pretendientes, como en tiempos le sucediera a doña Laura, pero tampoco se decidía por ninguno. Un verano actuó en Ronda en una función de aficionados y allí conoció a don Jesús, que era primo y cuñado del marqués de los Zegríes. Estaba lindísima, y desde que la vio él se quedó prendado de Consuelo. Por entonces los dos tenían que ayunar porque habían cumplido los veintidós años, y se atiborraban en el almuerzo para evitar el hambre de la noche. Él era un estudiante aventajado que estaba terminando la carrera de derecho y pensaba preparar notaría. Empezó escribiendo a Consuelo, luego se hicieron novios y él seguía preparando oposiciones, y se hubieran convertido en viejos si Dios no lo hubiera remediado. Pero lo remedió, y don Jesús salió notario. Ella dibujó los muebles a escala en pequeño, instalaron un taller en el alambique y un carpintero los reproducía a tamaño natural. Cuando al fin pudieron casarse, ella estaba nuevamente de luto, y además tenía un grave inconveniente, y es que nunca había relacionado el acto del matrimonio con el flujo menstrual. Se tuvo que cambiar la fecha de la boda, hubo que dar explicaciones a la familia del novio, y hasta al novio con mucha vergüenza, porque también estaba en la inopia. Quiso el destino que quedara embarazada en su primera noche, porque no volvió a ver la regla ni la vería nunca, ya que siempre paría o criaba. Pasaron la luna de miel en París, en el palacete deshabitado que había mandado construir el primer marqués de los Zegríes, antepasado del novio. Allí estuvieron encerrados una semana, mientras a su puerta se acumulaban los periódicos y las botellas de leche. Hicieron el amor a la manera de los argentinos afincados en París, y mientras a él se le crotulaban los epídimos, ella aprovechaba para opilarse los escatilunios gritando evohé, evohé, muchos años antes de que lo experimentaran Lalita y Oliveira. Cuando salieron estaban agotados, y ella creyendo que cometía un grave pecado si a su marido se le negaba una sola vez. Cuando recogieron las botellas ya se había cortado la leche, las noticias estaban atrasadas y ella estaba preñada del mayor, y a don Jesús tuvieron que ponerle durante muchos meses inyecciones de hígado de bacalao. Consuelo fue maestra en sarampiones y toda clase de erupciones infantiles, se daba una maña especial para provocar el eructo de la criatura, porque durante doce años se dedicó exclusivamente a la cría. Crió al pecho a todos sus vástagos, y si no crecieron más fuertes y robustos no fue culpa de ella, sino de los genes paternos, porque todos salían a su padre y eran varones descoloridos con pecas oscuras. Al primero lo llamaron Pedro, y según iban naciendo les fueron poniendo los nombres de los apóstoles. Don Jesús había colgado el título de notario que tantos sudores le costó, y vivían en la casa de Montejaque que había abandonado doña María. Consuelo rezaba todos los días el rosario como su abuela doña Ana, pero se ahorraba los padrenuestros y jaculatorias, y entre misterio y misterio le daba la teta al apóstol de turno. Porque nunca hicieron el amor contra natura ni usaron ninguna clase de anticonceptivo, así que estaban libres de pecado y tenían el alma como los ramos de azucenas. Ya al final la cosa cambió, bien porque él hubiera perdido las ganas, o es que estaba demasiado ocupado escribiendo la Historia de las Generaciones, una especie de genealogía familiar. Con eso, y con

que los años no pasan en balde, no estaba para muchos retozos. Pero en un principio había siempre dos bebés casi iguales en las bonitas cunas niqueladas; por la tarde bañaban a todos los hermanos y los llenaban de volantes y encañonados, y cuando salían a la plaza con sus niñeras, aquello no parecía una familia, sino la salida de los toros. Cuando el padre volvía de Málaga de completar el material para las Generaciones, todos acudían a él como moros a pasas porque les traía triciclos de maderas pintadas y coches con pedales, trajes de torero y hasta un disfraz del Coyote, con sombrero negro y antifaz. Una vez les llevó once gaitas con largos flecos de seda que ostentaban los colores de la bandera nacional; desde entonces, andaban unos tras de otros como cangilones de noria, soplando las gaitas. “En esta casa el más tonto hace aeroplanos”, decía muy satisfecho don Jesús. Crecieron los hermanos, hasta convertirse en unos muchachos correctos y educados. “Ellos para arriba y nosotros para abajo”, decía el padre moviendo la cabeza, pero a punto estuvo de perder al primogénito. Pedro, el mayor, era aficionado a las armas de fuego. Un día que estaba jugando con la pistola de su padre estuvo mirando por dentro el cañón, y cuando la volvió hacia abajo la pistola se disparó, y le encajó un tiro en el pie. Bien fuera por la providencia o la suerte, lo cierto es que a poco se le mete el tiro por un ojo. Hubo una procesión de acción de gracias con penitentes y monagos, con estandartes y banderas, y a excepción del herido todos sus hermanos hicieron prematuros votos de castidad, aunque decía la gente que se lo había ordenado el padre para evitar engorros genéticos de nuevos tartajosos. Con el tiempo fueron ingresando en el Opus Dei, no sin antes procurarse una buena dote y equipos completos, porque se iban al extranjero y allí tenían que alternar. Escribían a casa cada siete días y echaban las cartas escalonadas según la procedencia, desde el más lejano que estaba en Sumatra y tenía que escribir con una semana de antelación, al más cercano que se había quedado en Sevilla.

\*\*\*

GUADALUPE CONSUELO fue un producto otoñal de su madre. Era la menor de los doce apóstoles y once años más joven que el que la precedía. Estuvo en un tris de llamarse Judas Iscariote, de lo que la libró su tía Amelia, que fue su madrina de bautizo. Creció consentida, comiendo chucherías y haciendo destrozos, y era más fuerte que todos sus hermanos juntos. “Esta niña está creciendo como los salvajes de África”, se quejaba su madre, ya en los sofocos de la menopausia. Desde que abandonó la lactancia hablaba como un carretero, y adoraba bajar al cebadero y mecerse en el columpio de cuerda que había sido de Alacoque, porque dando impulso daba con los pies en las vigas del techo. Montaba la bicicleta de su padre, despreciando la suya que tenía ruedecillas a los lados, y se metía a jugar en la carbonera con los chicos del pueblo. “Es más áspera que un cardo cuco- se desmoralizaba don Jesús.- Ha salido a su tía Alacoque, aunque mucho más burra”. Consuelo sacaba fuerzas de flaqueza para perseguirla por los corredores y meterla en el baño, porque era enemiga del jabón, y una niña tenía que tener bien limpias la cara y las manos, tenía que lavarse los dientes después de comer, y no podía amarrarse nunca. No iba a la escuela

nacional, sino a un colegio privado que había abierto el Opus en el local del alambique. Enredaba en las clases y pateaba con disimulo a las compañeras, cerraba el pupitre de golpe y lo rayaba con una cuchilla, trazando corazones con su nombre ligado al de todos los chicos del pueblo. Un día llegó al pueblo un fraile vestido de marrón, y se hospedó en su casa, porque venía a imponer los escapularios como se había hecho en el pueblo desde tiempo inmemorial. “¿Quieres ser monjita?”, le preguntó a Guadalupe Consuelo, y ella le contestó que se iba a hacer monja de dos en celda. “Bendito sea el Señor”, se santiguó él. A los nueve años, su primer ejercicio de redacción causó estupor entre sus maestras: “Caperucita era una linda niña -decía-, con unas rubias trencitas y un delantalito de flores. Salió de su casa a llevarle varias cosas a su abuelita. Pocos días antes, Caperucita había encontrado sangre en sus braguitas, y se había asustado mucho. ¿Qué es esto, mamá? ¿Será que he reventado por dentro? No, Caperucita, estáte tranquilita, es solamente que te has convertido en mujercita. Pero ahora tienes que tener mucho más cuidado con el lobo”. La pusieron al fondo de la clase para que no contaminara a las demás, y sólo cuando don Jesús le regaló a la profesora una máquina de cortar chorizos en lonchas, y chorizos para cortar, la maestra se mostró más amable. Guadalupe mentía más que la gaceta, igual que su tía Alacoque; tiraba piedras de fósforo entre las piernas de las viejas, y mientras las otras daban la lección, ella tarareaba por lo bajo canciones de cuplé, y se hurgaba dentro de las bragas buscando los rincones. Fue por entonces cuando sufrió el accidente que la dejaría inútil para procrear. Estaba su padre trabajando en su Historia de las Generaciones, y tanto lo importunó que él la persiguió por toda la casa con una vara en la mano. Ella saltó por el balcón, con tan mala fortuna que quedó ensartada en una estaca de la plaza. El médico le extendió un certificado de virginidad, y sus hermanos la llevaron a recorrer el mundo para que olvidara su desgracia; pero ella no era desgraciada en absoluto, porque ya no tendría que hacer voto de castidad como los otros. “No tendré que tomar píldoras -decía despendolándose a reír-, así que no me saldrán varices. Ni tendré que usar aparatos incómodos, ni respetar los ciclos, y podré hacer uso del matrimonio cuando me dé la gana”. No tenía once años y había recorrido los cinco continentes. Sus hermanos le traían de China muñecos fabulosos, cestillos de labor llenos de sedas de colores, pero era como echar guindas a la tarasca. En cambio, era una experta imitando a Elvis Prestley, y les pedía a los reyes tocadiscos y estéreos que instalaba en un altillo, cerca del matadero donde se mezclaban los berridos mortales de los cerdos con los acordes de la música rock. Cuando sus hermanos la querían hacer del Opus Dei, ella se burlaba y hacía muecas soeces a sus espaldas, por causa de los genes que había heredado de Carcunda. Cuando murió su prima Águeda, que era moza vieja, ella le organizó un funeral de rock-and-roll. Por entonces mucha gente del pueblo se había marchado a Alemania, y mandaban dinero a la familia. Todos arreglaban sus casas: todas tenían ahora un tresillo al entrar, en las paredes papeles floreados, y habían convertido el corral en un cuarto de baño con losetas negras hasta el techo y grifos dorados. Todos acogían con cariño a Consuelo llamándola Señora, y le mostraban las novedades venidas de Alemania. Habían sustituido las plumas de pavo real de los búcaros por flores de plástico con olores diversos, y habían quitado las losetas del suelo que antes pintaban con almagra por grandes losas de terrazo. Y se mostraban orgullosos del cuarto de baño que ocupaba el sitio del antiguo corral, sobre todo si tenía los azulejos negros y los

grifos dorados.

\*\*\*

AMELIA HABÍA NACIDO el mismo año que empezó la primera guerra mundial, el mismo en que murió Carcunda dormido a lomos de su caballo. Era retaquita como su padre don Rafael, y era su predilecta; también lo era de Florentino Zunifredo, que le enseñaba coplas y le contaba cuentos de aparecidos. No tendría más de cuatro años cuando el ingeniero suizo que estaba construyendo el pantano la vio bailar la Tarántula encima de una mesa, y tanta gracia le hizo que le regaló un espejo de plata con mango, con sus iniciales grabadas. A los seis años, sus padres la mandaron interna al colegio del Monte. Llevaba una caja de aseo lacada con escenas de chinos, con las caras de hueso y marfil. A Amelia nunca le gustaron los estudios. Su ilusión era empezar un cuaderno, lo hacía con primor subrayando los títulos en rojo con letra cuidada, pero a las dos páginas ya estaba lleno de tachones. Nunca pudo aprenderse que el metro era la diezmillonésima parte de un cuadrante del meridiano terrestre, o sea la parte comprendida entre el polo y el ecuador; apuntaba las fechas de las batallas en la palma de la mano, y para aprenderse las bienaventuranzas echaba mano de trucos mnemotécnicos, y luego olvidaba los trucos. Amelia aprendía piano, mientras Consuelo estaba pintando estampas con azucenas. La nota redonda le recordaba a una señora gruesa y afable, la blanca era una mujer que no había engordado todavía pero llevaba camino de ello, y la negra una muchachita pizpireta tostada por el sol. Las corcheas eran niñas cogidas de la mano, y las fusas aves con las alas desplegadas. Los puntillos parecían cagadas de mosca y el bemol una be pequeña, y al entonar la nota había que quedarse corta como si la nota no se atreviera a subir. Había en el colegio un letrado que decía “Clausura”, de donde no se podía pasar, y por eso Amelia soñaba por las noches con pasillos oscuros y celdas, y le hacía gracia que las monjas se bañaran en camisón, y que no pudieran tocar sus partes pudendas. Había cumplido quince años cuando su padre la llevó a la feria de Arcos. Vio reflejado en el espejo del café a un muchacho muy guapo, y al momento se enamoró de él. Resultó que era médico y se llamaba don Camilo; la llevaba ocho años, y en un pueblo cercano trataba de erradicar el paludismo y las endemias que asolaban por entonces la Serranía. A don Camilo le hizo gracia Amelia, tan menudita, porque además le gustaba el jamón, y de eso había mucho en casa de don Rafael. La muchacha volvió al internado, tan enamorada que perdió las ganas de comer y se estaba quedando transparente. Un día, don Rafael recibió en Montejaque la visita del médico, que venía a pedir la mano de su hija. La noticia la hizo revivir, y guardaba las cartas del novio en la caja de aseo con chinos en la tapa; así que lo mismo las cartas que una fotografía de don Camilo vestido de tuno, olían a jabón y agua de colonia. Amelia curó desde entonces, y no había cumplido los diez y ocho cuando salió del colegio para casarse. Nunca se había visto en la comarca un ajuar como el suyo, y así don Rafael, que no era tacaño, se puso pálido cuando le entregaron la factura de los filtirés. “Tiene más suerte que el niño de la bola”, decían las amigas, porque el novio le regaló una pulsera de brillantes para la pedida. Pero cuál no sería la consternación de la familia, cuando el médico se negó a pisar la

iglesia para casarse. No practicaba ni recibía los sacramentos en lo que le alcanzaba la memoria, y se negó a confesar aunque le rogaron y le suplicaron. Al final llegaron a un arreglo: la boda se celebró en el oratorio de la casa, y el párroco nuevo que era un hombre joven y liberal, a quien llamaban el Cura Mocito, eximió al novio de todo sacramento previo, y él mismo los casó. Y entrando en la capilla, la desposada era tan menuda que parecía vestida de primera comunión.

\*\*\*

DON CAMILO EL MÉDICO había nacido en La Coruña de una familia numerosa. Tenía el pelo negro y ondulado, unas dentadura perfecta y el perfil un tanto aguileño. Cuando terminó la carrera se marchó a Andalucía, dentro de la lucha antipalúdica. Allí conoció niños enfermos de kalazar que empezaban por ponerse pálidos, les crecían las pestañas y se les llenaban las mejillas de un vello oscuro y suave que era el aviso de la muerte. Luchaba contra los parásitos, formaba parte del ejército silencioso que dedicaba sus días a erradicar la endemia, aferrada desde siempre a los hombres, mujeres y niños que la padecían ya en forma resignada, como si hubieran sido conscientes de su impotencia. Entre los afectados del paludismo estaban los niños pálidos de piel transparente que padecían kalazar, que con sus ojos hundidos y sus manitas sudorosas se agarraban al embozo crispados por la fiebre; había vientres hinchados bajo las pobres mantas, y ojos asustados bordeados de largas pestañas, tan largas y tan espesas que parecían un milagro a sus madres, y no eran más que el principio del fin. Porque el parásito se había apoderado de sus cuerpecillos, del interior de su bazo y de la médula de sus huesos, chupaba su sangre y deshacía sus glóbulos, mientras que por un extraño fenómeno las pestañas crecían y las mejillas se cubrían de un suave vello oscuro. Con el tiempo, don Camilo llegó a conocer al dedillo toda clase de mosquitos, de forma que su tesis doctoral versó sobre un ejemplar raro, antes desconocido por allí, y del que sólo se había visto otro espécimen en Europa. Todos los periódicos de Andalucía habían publicado la noticia en primera página. Fue por entonces cuando vio a Amelia reflejada en el espejo y le hizo gracia aquella muchachita menuda, y más cuando alguien le dijo que su padre era el amo de media Serranía. Cuando llegó a Montejaque a pedir su mano, le admiró la distorsionada geometría de los tejados desiguales, desparramados en la ladera. Pasado el tiempo don Camilo se instaló por su cuenta en la provincia de Sevilla. Cobraba a duro la consulta y los enfermos abarrotaban la sala de espera, el rellano de la escalera y hasta el cuarto de baño; se sacaban todas las sillas de la casa y terminaban sentándose en los escalones. Tenía en el laboratorio tubos llenos de sangre roja y de orina amarilla; introducía la pipeta y las trasladaba al portaobjetos, y luego estudiaba su composición en un viejo modelo de microscopio. Al final se hartó de ganar duros en la provincia de Sevilla y se trasladó a Málaga, donde no cobraba a los pobres y se desquitaba con los ricos. Sus hijas nunca lo vieron ir a misa, y para tranquilizarlas él les decía que había ido de madrugada. Amelia conservaba sus cartas en la caja de chinos que seguía oliendo a jabón y a colonia; sobre la



coqueta estaba todavía el espejo de plata con sus iniciales, y en los cajones conservaba abanicos de blonda con escenas románticas, estampas de la Virgen pintadas con ramos de azucena, guantes de piel de cabritilla, y abajo las zapatillas de paño de don Camilo. A Águeda, su hija mayor, lo que más le gustaba era aquel espejo ovalado con mango, con las iniciales grabadas, que le regalara a mamá el ingeniero suizo que hacía el pantano en Montejaque, por bailar de niña la Tarántula encima de la mesa.

\*\*\*

TENÍA ÁGUEDA DOS AÑOS cuando su madre se quedó embarazada por segunda vez. Dio a luz en Ronda, en la casa frente a la plaza de toros, donde doña María, su abuela, se acababa de mudar. A la recién nacida la llamaron Plácida, y el que le puso el nombre debió ser adivino o profeta. Plácida fue bonita desde siempre, se parecía a su padre y tenía los ojos negros como él. Era tan pacífica que no lloraba nunca, ni cuando la dejaban olvidada en la azotea, horas y horas debajo de la lluvia metida en su capacho de palma. Fue lista desde que nació, al contrario que su hermana Águeda; y aunque nadie la enseñó a leer, un día la encontraron en la cuna leyendo el periódico de corrido. Siempre le habían llamado la atención aquellos garabatos tan graciosos que los mayores llamaban letras, hasta que empezó a juntarlos de dos en dos, luego de tres en tres, y quisieron decir algo conocido. No tenía dos años y leía los cuentos de Pepinillo y Garbancito, los de hadas noruegas y los de Pinocho, que tenía una nariz larga de madera y una casaca azul con vuelos, un lazo al cuello y un gorro puntiagudo. Le daba pena de Aladino cuando su malvado tío lo dejaba encerrado en la cueva, pero luego se consolaba cuando los genios trabajaban de noche para él, y le construían un palacio de lapislázuli con los pasamanos de oro macizo. Jugaba al ajedrez como una persona mayor, y a los cinco años hacía toda clase de juegos con los naipes, mientras que Águeda no sabía jugar ni a la brisca. Desde muy pequeña, su padre la había enseñado a mirar por el microscopio, que estaba encima de la mesa del despacho, metido en un fanal sobre un fieltro verde y circular rematado de piquillos. Al lado había una vieja máquina de escribir Underwood, y fichas clínicas con dibujos de pequeños pulmones donde su padre esbozaba sombras rayadas con la pluma, distintas para cada paciente. Ella se encaramaba en la mesa, y mientras situaba un ojo sobre la lente, él hacía girar un tornillo con suavidad hasta que aparecían los extraños cuerpos traslúcidos de un color violeta o verde pálido, que estaban dotados de vida. Cerca, el laboratorio estaba abarrotado de frascos con líquidos azules o con cristales transparentes parecidos a la sal común, y todos los frascos tenían tapones de corcho y etiquetas garabateadas por la letra ininteligible del médico. Le había enseñado a hacer caleidoscopios con el tubo vacío del papel higiénico. Con unas simples tijeras cortaba bajo el agua un trozo de espejo y otro de cristal, y con el tubo de cartón y celofanes de colores, el caleidoscopio quedaba terminado. Los papelillos formaban entonces estrellas caprichosas, como luceras de catedrales góticas, que al hacerlas girar se derrumbaban en columnas multicolores y concéntricas. Eran fragmentos verdes como esmeraldas, rojos como

granates, amarillos, violetas y azules, y a cada movimiento de rotación cambiaban las formas sin repetirse nunca, o formaban pequeñas estrellas esparcidas. Y aunque era un fenómeno natural de la física, Águeda nunca pudo llegar a comprender cómo debajo del agua su hermana menor podía cortar el cristal con unas tijeras de costura, como si fuera mantequilla. A su padre le regalaban los clientes anguilas enroscadas de dulce mazapán, con ojos de cristal pinchados con alambres, frutas escarchadas y anises, y una mariposa de azúcar que no sabía a azúcar, sino a yeso coloreado. Y mientras Plácida leía las obras completas de Pérez Galdós encuadernadas en piel, Águeda estaba rebuscando entre el asiento y el respaldo del sillón confortable, donde palpaba pelusas y migas de pan endurecidas, las gafas que su padre echaba de menos, la hebilla oxidada de un viejo cinturón o la cinta métrica que se había perdido hacía siglos. O una cuchilla de afeitar agazapada en un rincón, que por milagro no le rebanaba los dedos. En Málaga llevaron a las niñas al colegio alemán, y Plácida fue siempre la primera de la clase porque adivinaba los problemas intrincados de las matemáticas, antes de que nadie se los explicara. Como tenía un ojo vago le pusieron unas pequeñas gafas con una montura de carey, pero ella seguía mirando con un ojo solo, y aún así nunca dejó de ser la primera de la clase.

\*\*\*

DON PEDRO era primo de Plácida por parte de madre y había sido concebido en París, en el palacio de sus antepasados que ahora pertenecía al marqués. Desde pequeño fue ojeroso y pálido, y tan endeble que se clareaba. Aunque su padre pudo sacar las oposiciones a notario, nunca se movió de Montejaque, y la familia vivió siempre en el pueblo entre latas de chorizo en manteca, pintadas de azul con letras plateadas. De las vigas colgaban jamones como estalactitas espléndidas, y morcillas oscuras que se arrugaban poco a poco, contrastadas con una chapa de hojalata. Por los cebaderos se paseaba vestido de sheriff con la cartuchera y los zahones de montar a caballo, y al pecho una estrella plateada y brillante. Había nacido apasionado por la química, y desde siempre llevaba a cabo toda clase de experimentos caseros. Hacía bengalas de colores y bombitas envueltas en papel, que estallaban al lanzarlas al suelo. Imantaba las llaves de hierro dejándolas pegadas en todos los metales, y le habían echado los reyes una balanza con pesas diminutas, que venían encajadas en un taco de madera, y que él extraía con la uña para pesar sus mejunjes. Para apreciar décimas de gramo usaba plaquillas de metal semejantes a lantejuelas, y en sus experimentos terminó con las frutas de cera del comedor, de forma que nadie volvió a ver las manzanas amarillas con un carrillo colorado, ni las peras y uvas que habían estado desde siempre en una panera de plata. Porque después del escarmiento las frutas se pusieron pardas, y la plata de la panera tomó unas manchas que nunca se pudieron quitar. Para estudiar las leyes de la elasticidad, se daba agua jabonosa en las manos y luego soplaba, formando pompas con todos los colores del iris; seguía soplando, y entonces la pompa reventaba con una lluvia de minúsculas gotas de jabón. Para hacer sus experimentos se encerraba en el altillo del matadero, donde años después

Guadalupe Consuelo guardaría sus equipos de música. Fue cuando decidió ser químico, y su presencia iba siempre seguida del olor de una cierta colonia, pues había inventado una fórmula extrayendo del heliotropo y la lavándula sus primeros jugos primaverales. Más tarde, había cambiado a la jara y el malvavisco. Cuando lo enviaron interno a los Salesianos de Ronda, guardaba debajo de la cama matraces y retortas, platillos y almireces. Una madrugada estaba mezclando azufre, salitre y carbón, cuando estalló la mezcla y todos sus compañeros tuvieron que huir despavoridos, atropellándose mientras se alzaba una negra columna de humo de su cabecera. Hubo que dejar las ventanas abiertas durante todo el invierno para que no les lloraran los ojos, pero nunca llegó a quitarse el olor de la pólvora de los colchones y las mantas. No había hecho más que llegar al colegio, cuando estuvo en un tris de prender fuego en la capilla inventando unas velas que se encendían solas cada vez que se abría la puerta del sagrario. Fue por entonces cuando nació su onceavo hermano, el penúltimo de los apóstoles. Cuando lo supo acogió la noticia con escepticismo, ya que abundaban en su familia los defectos de dicción, y él mismo padecía ya a dos hermanos tartajosos hasta el ridículo. Sabía por las leyes de Mendel que aquello podía repetirse hasta el infinito, y abrigaba el deseo secreto de hacer voto de castidad. Pedro se convirtió en un joven redicho a quien los frailes presentaban a los concursos interescolares y los ganaba todos, así que ya se iba haciendo un nombrecillo en el ambiente científico estudiantil. En el laboratorio del colegio, colgado de una percha estaba el esqueleto con sus huesos ensartados en alambres que podían desmontarse a voluntad. Bastaba la menor corriente de aire para que el esqueleto bailara, se remeciera un rato y tardara luego en quedarse quieto. Él tomaba en la mano la blanca calavera, dejaba resbalar su mano fina y pálida sobre los huesos como cera, y ante las atónitas miradas de los más pequeños les iba mostrando los unguis, los nasales, los dos cornetes inferiores, el vómer y los pómulos, y terminaba hundiendo los dedos en las cuencas oscuras. Se había pasado la pubertad entre el dormitorio del colegio y el laboratorio, y aunque no conocía el sexo sentía una instintiva atracción por la belleza de la mujer. Lo cierto es que sin saberlo estuvo enamorado siempre de su prima Plácida, con quien coincidía durante el verano en el pueblo, y la amó desde que jugaba con ella a boticarios en los arriates del alambique. Juntos situaban una vieja lupa frente al sol, hacían incidir los rayos sobre una madera, hasta que se alzaba una fina columna de humo y trazaban sobre ella los nombres de los dos. Cuando acabó el bachillerato, Pedro se fue a la capital para estudiar farmacia. Había tomado un piso con varios compañeros, y él se quedaba estudiando mientras ellos se iban de putas y de francachela. Dormía entre libros y fórmulas magistrales, sin quitarse siquiera la bata blanca, llena de agujeros por causa de las quemaduras del ácido. Una de las mayores sorpresas de su vida fue cuando en la facultad de farmacia dio de manos a boca con su prima Plácida, que se había matriculado también. Desde entonces soñaba a diario con ella, hasta que empezaron a verse y a salir al cine, siempre con una amiga que los acompañaba. Había hecho voto secreto de castidad, pero le gustaba tanto su prima que estaba dispuesto a casarse; la puso al tanto de sus votos perpetuos, y ella estuvo conforme en formar un matrimonio blanco, en pura abstinencia carnal. Pasaron horas felices midiendo calles donde pudieran encajar sus farmacias cuando acabaran sus carreras. Cuando se casaron abrieron dos boticas, una enfrente de otra, para lo que tuvieron que obtener el permiso del Colegio Profesional. Dormían en el mismo cuarto, pero en camas

separadas, y para evitar tentaciones habían puesto entre los dos un biombo chino que les regaló su tía Alacoque. Nunca se habían visto desnudos, y charlaban a través del biombo hasta que apagaban la luz, por eso ella nunca supo que el marido tenía el pie derecho taladrado por una bala, ni que tenía las piernas torcidas, porque vestido no se le notaba. Fueron siempre castos; era él quien se resistía a las solicitudes esporádicas de su mujer, pero cuando iba a abandonarse, ella reaccionaba en contrario y nunca llegaron a violar la frontera del biombo. Mientras, su prima Águeda que era mayor que ellos, no había podido terminar el bachillerato y se dedicaba a bordar pañuelos con deshilado y filitré. Poco después murió, y el cuñado se empeñó en embalsamarla con unguento de ajonjolí. Como la familia lo impidió, le envió a la muerta un ramo de gladiolos y rosas, con una cinta de muaré que ostentaba los colores rojo y gualda de la bandera nacional.

\*\*\*

EL PUEBLO SE LLAMABA DAIMIEL, según le dijeron. Águeda no llegó a conocerlo porque estaba todavía en la barriga de su madre, pero le habían dicho que había por allá pantanos llenos de mosquitos, y nubes de sanguijuelas que si alguien caía a la ciénaga le chupaban la sangre, hasta dejarlo sin una sola gota. En la nebulosa de sus primeros recuerdos se le juntaban las cosas verdaderas con las que nunca ocurrieron, o con las que sabía porque las había oído contar. Así había oído hablar de un tal Carcunda, tío tatarabuelo de su madre, que había sido un acérrimo carlista y se quedaba dormido a lomos del caballo en plena sierra. Y no sabía si había visto o había oído contar que unos hombres entraron en la casa buscando al abuelo Rafael, y que mandaron abrir la caja de caudales, llevándose también todo lo que tenía dentro. El nunca volvería, y ya no lo vieron jamás. Decían que lo habrían llevado a Madrid con otros prisioneros, y con esa ilusión vivieron mucho tiempo hasta que por fin supieron por Pastor que había presenciado cómo lo quemaban vivo en la sierra. Fue como si el mundo se viniera abajo. Amelia y sus hermanas se pusieron de luto riguroso, y lo mismo doña María, que dejó el pueblo desde entonces y se fue a vivir frente a la plaza de toros de Ronda; a través del ventanillo del granero la niña oía resbalar los cascotes de las caballerías en el empedrado del picadero. El pozo era negro y profundo, abajo el agua tenía reflejos de luz, y al ponerle la tapa metálica sonaba con un lúgubre tañido. Águeda se asomaba al pozo y escupía, y se rompía por un momento la imagen del cielo, hablaba fuerte con una voz profunda y el eco le devolvía la voz. Porque era la nieta mayor de doña María y también su predilecta, aunque tuviera menos luces que un eslabón de palo. Se la llevaba con ella a Ronda a temporadas, y muchos años después recordaría el viejo candil colgado en la cocina aunque ya no se usaba nunca, puntiagudo como la lámpara de Aladino, con una mecha en la punta y una panza para meter el aceite. También en la cocina se apañaban los braseros de cisco de orujo; en la despensa había orzas, un tinajero y una tinaja panzuda para guardar las aceitunas, que antes habían machacado y metido en salmuera con especias serranas y una ramita de laurel. En una habitación acristalada cosía la costurera cantando tangos de Carlos Gardel, y cuando la costurera se hizo protestante, aunque todo el pueblo le hacía el vacío, doña María seguía llamándola

a su casa y encargándole los vestidos. La lámpara del comedor tenía abalorios de colores ensartados en hilos, y pendían en flecos como una cascada de cristales violetas y rojos, azules y amarillos. Andaba siempre zarceando, abría los cajones donde siempre veía los mismos objetos, y el baúl donde estaban los trajes antiguos de seda con canutillos transparentes de fino cristal, que semejaban un manto de escarcha, o de terciopelo labrado con aires de charlestón. Pasó el sarampión rodeada de trapos rojos en las ventanas, en noches de zozobra que nunca olvidaría, y hasta allí la perseguía su abuela con el tazón redondo lleno de un café negro mezclado con el aceite de ricino. Desde entonces aborreció el café, y no podía ni olerlo sin sentir unas horribles náuseas. En la sala las cortinas de malla amarilla tenían pájaros recortados en negro como los grajos del puente nuevo, y si los miraba fijamente le parecía que se movían, que se iban a echar a volar y sin posarse en los balcones ni tejados iban a embocar el abismo, chillando bajo el puente. La puerta del zaguán era de vidrio esmerilado, y allí veía al trasluz a la criada besándose con el novio. Cuando no estaba allí, la doncella andaba espurreando la ropa en la azotea, y la tendía sujeta con pinzas de los alambres tensos. No sabía por entonces Águeda si era feliz y ni siquiera se lo preguntaba, pero luego recordaría aquel tiempo con añoranza. Un enano recorría las calles pregonando bandos del ayuntamiento, o anunciando las películas que darían en el cine instalado en el ruedo de la plaza de toros. Los niños aprendían a montar en bicicleta enfrente del casino, y luego se asomaban al balcón del tajo, aunque sabían que iban a ver el mismo paisaje que estaban viendo todos los días de su vida desde que vinieron al mundo, la misma caída del sol tras las montañas, con sus velos coloreados por el fuego. En el estanque los cisnes se desperezaban, y se zambullían en el agua hundiendo el cuello hasta el fondo, mientras los niños echaban migas de pan a su paso. Águeda tenía miedo de andar sola por los corredores de la casa, y la abuela decía que no tendría la conciencia tranquila. Cuando nació su único hermano, a medianoche Águeda oyó los gritos de su madre. Pero un día el niño no estaba en la cuna, Amelia lloraba y Águeda supo que se había muerto. Así que tuvo que irse aquel día a casa de una vecina donde le dieron lentejas de comer, y siempre relacionaría después las lentejas con el hecho ineluctable de la muerte. “No me vendas papeletas por ahí”, le decía la abuela. “Es que son de acción católica”. “Ni aunque sean de acción católica. Vaya una niña, por la calle vendiendo papeletas. ¿Qué dirá la gente?” Pero ella seguía vendiéndolas en las terrazas de los cafés, por las tiendas y hasta en las casas particulares; el taco bajaba tan poco que apenas bajaba, y era doña María quien tenía que comprarle siempre las papeletas. Águeda había cambiado lo menos cinco veces de colegio, cada vez que iba y venía con sus padres o con su abuela, o con su tía Consuelo. Así que confundía las caras y los nombres que nunca se aprendía del todo, y le parecía reconocer a alguien que en realidad pertenecía a otro lado, o recordar un nombre que había oído en otro lugar. Miraba trazar signos en la pizarra sin entenderlos, callaba si le preguntaban, pero no le preguntaban nunca porque siempre era nueva, y porque nunca sabía nada. Era atolondrada, porque nunca se hizo preguntas vitales como aquello de por qué estoy aquí, y se conformaba con leer los cuentos de Marujita y del flecha guerrero. Cuando tuvo que aprenderse el catecismo, la abuela se sentaba a su lado en la cama y juntas repetían cómo vino el arcángel san Gabriel a anunciar a la Virgen María que el Verbo divino tomaría carne de sus entrañas sin detrimento de su virginal pureza. No entendía nada de aquel galimatías que leía la abuela,

pero ella fue una de las cosas más grandes que la niña tuvo en su vida, porque era cariñosa y al mismo tiempo no la atosigaba. Por eso siempre deseó parecersele. Cuando llegaban las ferias, doña María la vestía con un traje de flamenca de percal almidonado y un mantoncillo con flecos, le ponía en la cabeza peinecillas verdes y rojas y claveles sujetos con gruesas horquillas de colores, y en las manos castañuelas con borlas rojas y amarillas. Le pintaba los labios y lunares negros en la cara, y le hacía caracoles de pelo en la frente, que pegaba con fijador. No podía ponerle zarcillos, porque su padre don Camilo no consintió en que le abrieran las orejas, porque decía que eran cosas de salvajes. Por eso cuando las otras niñas vestidas de gitana usaban largos pendientes de aro que tintineaban al volver la cabeza, ella los llevaba de pinza. Águeda estaba convencida de que a la abuela se le había puesto el pelo blanco en poco tiempo cuando le mataron al marido; pero luego llegó don Camilo con sus precisiones científicas, y entonces supo que la solución era más simple, y es que había dejado de teñírsele cuando enviudó. Por las tardes sonaba el pregonero de los barquillos de canela, y entonces la abuela le ponía los zapatos embadurnados de blanco, la cambiaba de vestido, metía dos dedos en el bolsillo de su traje negro de seda y de allí sacaba unas monedas que la niña gastaba en chucherías y en polos de menta. Desde siempre, a Águeda le daban avenates y tan pronto estaba triste como contenta. Todos se habían empeñado en que dejara de mascarse las uñas, porque tiraba a degüello con los dientes hasta rasgarlas por la mitad. Su madre le untaba a diario un líquido amargo que llamaban acíbar, pero a la abuela le daba lástima y le lavaba las manos en la palangana. Mientras, ella estaba mirándola, porque se empolvaba la cara con polvos de arroz y siempre olía a una colonia fresca y fragante. Mostraba una sonrisa joven, pese a sus dientes postizos, y la niña no se acordaba ya de que aquellos dientes iguales y blancos no fueran los suyos, porque nunca la veía sin ellos, aunque dormían en camas vecinas y ella se los quitaba por la noche para meterlos en un vaso con agua. La abuela era alta y blanca, bien plantada, pero nunca fue amiga de fotografías. Llegaban a la casa señores de pelo canoso que la consultaban sobre intrincados asuntos de negocios, y a la niña le parecía natural, como si todas las abuelas del mundo acostumbraran a hablar con sus visitas de las vicisitudes de la bolsa, o de la compra-venta de animales. Guardaba en una alacena bajo la escalera frascos de guindas en aguardiente, que ella misma había preparado. Al principio eran rojas, luego se hinchaban y oscurecían, y cuando estaban en sazón las sacaba con una cuchara de palo; al morderlas crujían, y reventaban en la boca. La abuela estaba contenta dando todo lo que tenía; la desgracia había querido que fuera en su casa hombre y mujer al mismo tiempo, y su hacienda subía como la espuma, porque intuía las altas y bajas del precio del ganado, y jugaba a la bolsa como si se tratara de un juego de niños. Contaba la tierra por fanegas, el dinero por reales, el aceite por arrobos, las telas por varas y las distancias por leguas. Y cuando sus yernos se complicaban con problemas arduos en operaciones matemáticas y cálculos de ingeniería, ella entraba en la cocina y vertía unos garbanzos en la mesa, los separaba o agrupaba, y de esta simple forma siempre daba con la solución. Águeda temía la guerra, porque los mayores hablaban de una que había en Alemania como de la cosa más natural. Otras veces soñaba que iba descalza por las calles, vestida con una camisilla tan corta que apenas le tapaba el ombligo, y a veces que podía volar, y que con un mínimo esfuerzo se alzaba del suelo igual que una pluma. O por el contrario que quería correr y no podía, porque

los pies se quedaban pegados mientras un toro negro la perseguía con una mirada triste; y aunque hubiera mucha gente en la calle, siempre el toro se fijaba en ella. Luego la llevaron a Málaga al colegio alemán. Plácida era muy pequeña y la tenían en el kindergarten modelando plastelinas y ensartando cuentas de collar, pero a ella unos brutales profesores le tiraban de las orejas porque no se aprendía los himnos de guerra en alemán. A los once años seguía en la luna, y no sabía las lecciones que había que estudiar, ni se enteraba de que el timbre estaba llamando a las clases. Se perdía en los pasillos, cogía los libros que no necesitaba y se olvidaba los cuadernos, perdía la goma y el lápiz y siempre andaba pidiendo las cosas prestadas. No se estudiaba la lección del día, sino la anterior o la de atrás, tomaba el texto de cálculo por el de alemán, y siempre andaba sola buscando algo que los demás habían encontrado hacía tiempo. Su madre siempre quiso que aprendiera a tocar el piano; nunca aprendía la lección, y la teoría de la música que había que aprender de memoria le causaba pesadillas. A los doce años no había hecho todavía la primera comunión, y la abuela decía: “Es un contradiós, cuando la haga va a parecer que se va a casar”. Así que de nuevo se la llevó a Ronda, y dejó el colegio alemán por el de las Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús. Dormía al lado de la abuela, en una cama dorada con cuatro perinolas que se desenroscaban. Doña María se quitaba el vestido y se quedaba con un corsé lleno de cintas sobre la camisa; luego se destrenzaba el corsé, y se ponía un camisón rosa de percal, lleno de puntillas. Desde allí le enseñaba a Águeda la salve y el señormíojesucristo, hasta que se quedaban dormidas. La víspera de la ceremonia se acostaron pronto, para que no pecara comiendo después de las doce. Tampoco pudo desayunar, le pusieron el traje blanco que le había comprado la abuela en La Aguja de Oro, la banda y el limosnero de organdí, y un velo que se abarquillaba en las puntas. Llevaba en las manos unos guantes blancos de seda, un rosario de nácar y un librillo de broche dorado. Era la última de la fila por ser la más alta, y cuando empezó la ceremonia había pasado el mediodía, y ella sudaba debajo del velo de organdí y las dobles enaguas de puntillas almidonadas. Había olvidado la salve, el credo y el señormíojesucristo, y la garganta le picaba con el humo de los incensarios. Al acercarse a comulgar la Forma se le quedó pegada al paladar, tan seca que no podía separarla con la lengua, y le habían advertido que no metiera el dedo para despegarla. Las llamas de las velas habían empezado a bailar y a confundirse unas con otras, y el sudor se le hacía de hielo, hasta que perdió la noción del espacio y el tiempo. Poco después, estaba con su tía Alacoque y con su tío Zito Palli en la finca de ambos, cuando escardillando en la huerta él advirtió que aquello se hundía, y daba a una habitación subterránea con arcos como en los cuentos de las mil y una noches. Desde entonces él se pasaba la vida desenterrando fustas y capiteles, y comprando antiguallas que los albañiles encontraban en los cimientos de las casas. Así consiguió aquel pequeño toro al que le faltaban los cuernos, numerosas ollas y pucheros sin asas, y monedas pasadas y viejas que ostentaban un color verdusco, como de haber estado enterradas mucho tiempo. Sus tíos la adoraban, y la llevaban de noche al cine de la plaza de toros, mientras que a Plácida la enviaban al cine de las sábanas blancas. Le gustaba la colcha con faisanes bordados en seda que Alacoque le había regalado, y que con el tiempo se convertiría en la colcha nupcial de una soltera, con todos sus sueños enredados en los flecajos de colores. No obstante, a los catorce años su tía le buscó un novio que se llamaba Nicomedes Luis, a escondidas de

doña María. Por eso, cuando pasaba el pregonero de los barquillos de canela, Águeda se escabullía y se iba a pasear con él por la alameda, o por la calle de la Bola. Por entonces llegó a Ronda a pasar el verano una niña llamada Martina, a quien llamaban la marquesita. Era la envidia de todas porque siempre había tenido las mejores muñecas, los mejores vestidos y la mejor sogá de saltar. Vivía en una casa con escudo, y a Nicomedes Luis se le iban los ojos tras ella; Águeda se quedó sin novio, aunque lo ponía de sinvergüenza y hasta amenazó con denunciarlo. Tan sólo conservaba de él un broche que le había regalado a la vuelta de un viaje; lo llevaba pegado al cuerpo y hasta se acostaba con él, y cuando despertaba se le había clavado en el trasero, o se le había incrustado en la mejilla dejando una señal. Luego, cuando Plácida ingresó en la universidad y dibujaba integrales en el encerado, ella se dedicaba a bastillar pañuelos y a bordarlos con filtirés minuciosos. Y mientras la hermana se aprendía de memoria las reacciones en cadena, ella rumiaba su neurosis o se dedicaba a la cómoda actividad del paseo, entreverada con la confección de un laborioso ajuar para su problemático matrimonio. “Esperando la boda le llegan las tetas al braguero”, decían las vecinas. Verdad es que nunca pudo olvidar a Nicomedes Luis, y aunque sabía que se había marchado a París a vivir con Martina, ella disfrutaba de la facultad masoquista de amar sin ser amada. “Estoy tan acostumbrada a perder que ganar me ofende”, solía decir, y fue consumiendo los años hasta quedar más pasada que la masa. Un año por navidad compró una pieza de organdí y un bote de lentejuelas plateadas, y ella misma se confeccionó un vestido de noche y un echarpe a juego con lo que le sobró. Nunca tuvo ocasión de lucir el modelo, que acabó en el fondo de un arcón entre madejas de lana de colores. Cuando en una ocasión fue a probárselo, observó con consternación que se había llenado de grietas. Se abría a tiras el cuerpo cuajado de lentejuelas, y se deshacía la falda que llevaba un viso del mismo color para que no se transparentaran las piernas. Llevaba siempre el mismo abrigo de mezcilla, y no se maquillaba nunca; últimamente, se pasaba la vida leyendo poesías de García Lorca. Un día se sintió muy mal. Tenía un dolor en la circunferencia del ombligo, y el término de todo llegó cuando el dolor le subió más arriba del diafragma. Cuando su padre el médico llegó, ya estaba agonizando y no había quien la convenciera de que no estaba en Montejaque, sino en una clínica de Málaga. “Dice que se ve el Hacho por la ventana -decía extrañada la enfermera.- Yo no veo más que la misma calle de siempre, por donde pasan coches, y las farolas encendidas. Debe de estar muy mal”. “Es verdad, tiene muy mala cara”. Y cuando Águeda murió, nadie podía explicarse la causa. “Ha sido de amores contrariados”, decían unos. “De amor nadie se muere”, decían otros moviendo la cabeza. “Yo creo que ha sido de ganas de morirse, a lo mejor se ha muerto de aburrimiento”, aventuraban los mejor encaminados. “Pobre don Camilo, tan guapo como es. Esta se le muere moza vieja, el único varón no se le logró, y la Plácida casada y virgen. Dios da nariz a quien no tiene pañuelo”. Toda la familia se había reunido en el velorio de Águeda, y se interrumpían unos a otros con tal entusiasmo que nadie parecía asistir a un duelo, sino a un bautizo, o a alguna otra gozosa ceremonia familiar. La propia Águeda se trabucaba, y en su delirio confundía los nombres de los vivos con el de los muertos. Cuando trataba de hablar, no le brotaba más que un leve susurro que nadie atendía, y como mucho pensaban que era un soplo de viento en la calle, o que había ratones bajo la tarima. Le habían cortado el pelo como dejó dicho en su última voluntad, y le habían encajado el vestido de



primera comunión, que le quedaba estrecho y corto. De aquellas trazas, con un esfuerzo de la mente ella pretendía visitar a los fantasmas de la Serranía. Con el primero que topó fue con Pasos Largos, que andaba tinto en sangre con dos agujeros de bala; él, después de mirarla tristemente, sin decir nada se marchó con la escopeta al hombro. Sentado ante la ermita halló a Florentino el Viejo, que estaba tranzando una tomiza de a cuatro. “Mañana te tengo que medir, me parece que has menguado un poco”, le dijo él, y la invitó a que se sentara. “No puedo”, dijo ella, y se quedó mirando hacia el camino de herradura, por donde bajaba un hombre muy alto. “¿No lo conoces, niña? Ese era el tío de tu abuela, el tío Frasquito que en paz descanse”, dijo él sin dejar de trenzar, y Águeda afirmó: “Él es. Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto. Ahora me voy, tengo que hacer unas visitas más”. “Pues véte con Dios”. De haber sabido que en Montejaque la fábrica engullía la hermosa vivienda y aniquilaba el patio, los antiguos arriates en flor cuajados de hortensias, y la palmera con sus dátiles, quizá no hubiera vuelto. Se habían cegado las gateras y el corredor no lucía encerado como en otros tiempos, y no pudo hallar la gran cocina con sus columnas ahumadas. Junto a la acera de la plaza había coches y furgonetas, y para más comodidad habían asfaltado las calles, por donde sólo transitaban viejos y niños, porque todos los jóvenes se habían marchado a Alemania. Sólo la mole del Hacho no había sentido el arañazo de los tiempos nuevos, y al fondo Tabizna se alzaba, impasible como una pirámide sin edad. Las cabras merodeaban todavía, mordisqueaban los matojos en los pegujales entre peñas, y al fondo blanqueaban las paredes del cementerio, un cementerio que la estaba aguardando. Quiso subir al castillo, y de camino se encontró con las ánimas de personas muertas hacía muchos años, y trabó conversación con ellas como si las hubiera tratado la víspera. “Es la nieta de doña María”, cuchicheaban. Subió con trabajo hasta arriba y pudo reconocer algunas casas, el viejo establo derruido donde antaño se guardaban las cabras o gruñían los cerdos; se asomó al barranco con ansia de ver los cielos lejanos surcados de pequeñas nubes, el camino zigzagueante hasta Benaoján, pero un tufo a basuras y a desperdicios hizo que tuviera que taparse las narices. Había por allí esparcidas bolsas de plástico y botellas vacías, papeles sucios que arrastraba el aire, y estuvo tratando de hallar un sitio libre de escombros para sentarse y descansar, pero la basura se extendía hasta el borde del barranco. Cerró los ojos y trató de recordar, pero no había quien recordara nada con tan mal olor. Todo estaba perdido, pensó en el ser humano como el mayor depredador de la naturaleza, el peor azote que podía existir bajo la luz del sol o el resplandor de las estrellas. Hizo un esfuerzo para trasladarse a otro lugar con el pensamiento, y vio la casa de su abuela en Ronda, la casa donde nació su hermana y donde naciera su hermano también, convertida en un salón de futbolines. Pudo retroceder en el tiempo, y ahora su hermano estaba naciendo allí, puerta con puerta, y ella que entonces tenía siete años escuchaba a medianoche los gritos de su madre. Y aunque fueran los hechos tan antiguos, le parecía que todo estaba tan cerca que lo podía tocar con la mano. Veía en el baúl los vestidos de fiesta con aire de charlestón, y los opulentos terciopelos labrados, sembrados de florecillas de satén. Entonces recordó vivamente el día en que Amelia, su madre, había entrado llorando en su habitación. “Ha muerto la abuela -le dijo-, ha muerto el día de mi santo”. Era cierto que estaba muerta allí, al otro lado de la puerta acristalada, y Águeda nunca pudo consolarse de su pérdida. “Tengo miedo”, musitó asomada al abismo, mientras el aire de la muerte le ahuecaba el

vestido de primera comunión, de nansú deslucido. “No tendrás la conciencia tranquila”, oyó tras de sí, y al volverse distinguió a una mujer alta y blanca que se parecía a doña María, aunque no era ella. Esta era más hermosa y tenía los ojos más grandes, unos ojos castaños y vivos donde retozaban las ganas de reír. Llevaba la cabeza erguida sobre un cuello blanco como la nieve y lucía unos pechos firmes para la vejez, sobre un talle señorial de matrona antigua. Cruzaba las manos de marfil en posición de absoluta calma, y ella revivió otros ojos, otro cabello y otro cuerpo semejante, también erguido y señorial. “No es raro que nos parezcamos, porque yo soy Laura, tu tatarabuela”, dijo la aparición. Entonces, ella preguntó con ansia: “¿Dónde está ella? Quiero verla”. “Está demasiado arriba”, fue la contestación. Sentía tanto frío en el alma que decidió volver al velatorio de donde no debió salir, y al menos podría calentarse con el humo de las velas. Al entrar en la sala se miró al espejo y no se vio, pero sí a una mujer vestida de monago que se aproximaba a la caja para arreglar las flores. “¿Es usted una viva, o una muerta?”, le preguntó Águeda, pero ella no contestó. Luego se sentó a su lado en un banquillo y oyó que la llamaban Emerenciana la Rubia, y estuvo refiriendo que venía del entierro de Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, que había muerto aquel mismo día. “Tiene en su casa al muerto, y viene a llorar al ajeno”, murmuró Águeda acomodándose en el ataúd. “Es que he venido a dar un recado, y me vuelvo en seguida”, dijo ella. “Aguarda un poco, que tenemos que hablar”. “¿De qué vamos a habar a estas horas? No es tiempo de hablar, sino de rezar, y de que te duermas de una vez”. “No quiero dormirme, vaya a ser que no me pueda despertar”. “Pues entonces, habla lo que quieras”. “No, mejor voy a cantar alguna cosa”. La mujer movió la cabeza y le hizo directamente una pregunta: “¿Por qué no te casaste, Águeda?” “Y yo qué sé, no habría nacido para eso”. “Todo el mundo nace para eso. Te casas, tienes hijos, te haces vieja y te mueres, y otros vienen detrás”, añadió Emerenciana jugando con los encajes del ropón. “Ya ves, yo ni siquiera he llegado a vieja”. “Mejor hubieras hecho con haberte casado, ahora tendrías hijos alrededor”. “¿Y para qué me servirían? Me hubiera muerto lo mismo, o a lo mejor me había muerto antes”, dijo Águeda rebullendo, y entonces vio a Niña Difuntos, la huérfana, que llevaba en la mano una amapola deshojada. “¿Te vienes a jugar con nosotras?”, le preguntó con voz triste, y Águeda negó con un gesto. “No puedo, ya me he muerto y estoy en la caja”. “¿Qué dices! Están floreciendo las glicinias y el arroyo está muy bonito. Vénte con nosotras”. “¿Cómo, que están floreciendo las glicinias, si estamos en otoño?”, argumentó la Rubia, mientras ordenaba las cintas de una corona. “Me gusta ver florecer las glicinias”, dijo Águeda haciendo pucheros. Se daba cuenta de que los vivos hablaban entre sí de cosas que ella también oía y entendía y la importunaban con su charla, y Emerenciana se dirigía a ella como si hubiera estado muerta, porque estaba muerta, y hasta el Cura Mocito apareció a la cabecera de la caja en cuerpo glorioso para confortarla, porque había casado a sus padres, pero ella no necesitaba que la confortaran, sino que le calentaran los pies. Y si hablaba a los que estaban vivos no la oían, y a lo sumo creían que era el gemido del viento, y continuaban con su trajín. Fue entonces cuando sonó la voz: “Qué tendrán, mare, para cosas de amores los olivares”. “¿Qué es eso?”, preguntó Emerenciana que estaba medio sorda, y Águeda le contestó: “Es Federico García, viene vendiendo cuchillos”. “Qué cosa tan rara”, repuso la albina sin convencimiento. Ahora Águeda tenía miedo de que se la comieran los ratones, tenía helados los pies y la luz la deslumbraba reflejándose en el mantel

blanco del altar. Un perro ladraba fuera, y habían abierto la puerta un número incontable de veces.”Me duele el costado”, se quejó. “Será de la mala postura”, le dijo Emerenciana. Le estuvo contando que Nicomedes Luis se había amancebado en Francia con una millonaria. “Ella lleva metido un aparato dentro para no parir -dijo, chupando un hilo para ensartar una aguja gorda.- Cosas veredes, son los adelantos del progreso. Tú sí que debes sentirlo, tú lo querías”, añadió la vieja mirándola de soslayo. “Y no he dejado de quererlo”, contestó ella con una punta de carmín en las mejillas, ya descoloridas por la muerte y por la noche. Advirtió que su madre le estaba arreglando los claveles de los pies; era tan pequeña que había tenido que empinarse, y desde ahí la veía un poco triste, aunque hubiera querido que no lo estuviera. “Está agachadita, pero vivirá muchos años”, pensó, y entonces sonó la voz de Plácida. “¿Me oyes, Águeda, me oyes?”, la removió su hermana. “Fuera está el Hacho, y el cielo amaga tormenta”, le contestó ella. “Estás hablando sola”. “¿Tú puedes oírme?” “Algo te oigo. Nos han dejado solas”, dijo Plácida. “Es verdad, nos han dejado solas. No sé qué me pasa, que se me revuelven los vivos con los muertos”. “Eso se arregla con el tiempo, no te preocupes. Papá no entra, porque no quiere ver un difunto”. “Ya lo sé, le pasa desde siempre. Está empezando a crecerme bigote, ¿no crees?” “No es más que la sombra de las velas”. Cada vez tenía más fríos los pies, no podía pensar con los pies fríos y luego tantas interrupciones y ruidos, estaba con la inquietud de verse incomodada a cada paso. “Estoy cansada, sólo dejo correr el pensamiento -musitó-. Nunca pensé que un ataúd fuera tan estrecho, y es que además de ser estrecho es incómodo”. “Siempre fuiste muy comodona -dijo Plácida.- Águeda, ¿me oyes?” “Claro que te oigo, sigue”. “Pensé que te habías dormido”. Viéndola tendida en la caja recordaba el tiempo en que ambas se metían en la misma cama aunque tenían dos camas para dormir, pero lo hacían juntas y se encajaban en forma de cuatro. “Me decías siempre que tenía el culo frío, Águeda”. “Es porque lo tenía siempre helado, Plácida”. “¿Quieres que te arregle la almohada?” “No vale la pena, la luz de la aurora va a asomar por encima del Hacho. ¿Tú no sientes el aire?” “Sí que lo siento, voy a ponerme una toquilla”. “Qué bonito ramo. ¿Qué son?”, oyó Águeda que exclamaban fuera. “Son gladiolos y rosas”, dijo la voz de don Jesús, el suegro de Plácida. Por entonces estaba a punto de terminar la Historia de las Generaciones, y todavía no le había encontrado un título definitivo. “Águeda, ¿estás ahí?”, dijo alguien en tono lastimero. “Sí, aquí estoy”. “De la cueva salen largos sollozos. ¿No ves que me estoy desangrando? Cien jacas caracolean, sus jinetes están muertos”. “Ya está desvariando -intervino desde su rincón Emerenciana-. Es Federico García, con su cantinela. Debe de estar loco”. “No es que esté loco, sino muerto. Dicen que lo mataron a la vera de un cementerio, y que agonizando le pegaron un tiro por semejante parte”, explicó Águeda con un hilo de voz. “Vaya por Dios”, suspiró Emerenciana. Águeda pensó en doña María, porque sabía que estaba allí y la contemplaba, pero la sentía tan lejana que luego daba en pensar que se trataba de figuraciones. Entonces exhaló un profundo suspiro. Al punto el alma, abandonando su cobijo corporal, huyó por los respiraderos de la cabeza, dejando para siempre el frío y cadavérico simulacro de Águeda.